

EL BICENTENARIO.

Un enfoque alternativo

Rafael Lara-Martínez



Serie
Bicentenario

 Editorial
Universidad Don Bosco

Editorial Universidad Don Bosco

© 2011

© Lara Martínez, Rafael, primera edición 2011

Colección Investigación

Serie Bicentenario

Apartado Postal 1874, San Salvador, El Salvador

Diseño: Melissa Beatriz Méndez Moreno

Hecho el depósito que marca la ley

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, electrónico o mecánico sin la autorización de la Editorial

ISBN 978-99923-50-30-0



Editorial
Universidad Don Bosco

ÍNDICE

Palabras liminares	1
I. Castillo, “contra quien thodos hechan”	9
II. Ríos de oro y ríos de sangre	35
III. La independencia como problema	59
IV. Inventar lo popular - Excluir lo africano	97
Índice analítico	105

PALABRAS LIMINARES

Hacia la segunda década del siglo XXI, me pregunto si hay lugar para el debate, o toda posibilidad de explorar enfoques alternativos a la historia oficial se hallan censurados. Por el momento, juzgo que existe cada vez una mayor dificultad de proponer versiones que difieran del canon estatal, aun si se documenten con información de primera mano, ausente de los archivos nacionales salvadoreños, y de los libros especializados de historia.

Las razones del encierro son obvias. Ante una crisis económica que arrecia sin punto final, la violencia al interior del país, y al exterior contra quienes emigran por necesidad, el desempleo sin solución inmediata, la propuesta gubernamental no es nueva. Se llama “civismo”. Hay que evadir toda discusión sobre los momentos fundadores del hecho *nacional*. Interesa celebrar, inculcar valores, escribir historia heroica en loa a los precursores y entonar interjecciones de sorpresa y alabanza ante el despliegue festivo. Entablar una discusión razonada sobre el pasado, rescatar memorias y documentos enterrados, resulta secundario. Importa el consenso, la devoción y la obediencia.

Sin embargo, el debate que el siglo XXI anhela olvidar desempeña un papel primordial hacia la celebración del primer centenario de la independencia, hace un siglo. Lo anticipa el propio maestro Alberto Masferrer hacia el despegue del siglo XX, pero todos sus seguidores actuales prefieren borrar ese escrito incisivo sobre las secuelas trágicas de la independencia que mantenerse fieles a su pensamiento. Leales a la crítica de Masferrer, reiteran “olvidamos el hecho [violento y sus víctimas] todo el pasado” (1901), en nombre de la celebración y del festejo cívico.

La generación olvidada que funda el Ateneo de El Salvador prosigue ese debate sobre la falta de una voluntad popular por la independencia, las matanzas post-independentistas, hasta culminar en un desastre. En los *hechos* que el presente celebra, los ateneístas perciben una fatal confusión entre “ideal de libertad” y “sed de sangre de los vencedores”. Pese a su

advertencia, la actualidad rechaza toda visión crítica para que la marcha triunfal no se detenga.

Por último, tampoco hay lugar para pensar a los excluidos de la historia. Junto a la reconocida supresión de lo indígena y su lengua, lo afro-salvadoreño se borra con una intencionalidad más flagrante en aras del mestizaje completo. Ante el ideario de una presunta historia crítica, la cual confunde los concepto de raza y nación, exijo restituir la presencia de lo africano desde el despegue de lo *nacional* al presente.

Frente a la inconciencia actual, reclamo el silencio, que existe desde el siglo XIX a Masferrer, a los ateneísta, hasta concluir en la historia crítica de Alejandro Dagoberto Marroquín con su exclusión expresa de lo afro-salvadoreño desde la independencia.

Reclamo una breve oportunidad para reflexionar sobre las “pirámides de calaveras que se alzan en las llanuras”, desde la perspectiva de las víctimas y del olvido que forja una identidad nacional sin alternativa crítica. Al presente, el escándalo de Tamaulipas representa un evento insignificante frente a esas “montañas de cadáveres” que la historia nacional anhela olvidar.

La enseñanza clave resulta simple. A la hora del “cambio” —de la alternancia del péndulo, precisaría— resulta de sumo interés historiográfico rastrear cuáles documentos primarios se privilegian, cuáles se colocan en segundo plano y, al cabo, cuáles se descalifican de toda discusión actual por oponerse a un nuevo ideal de hegemonía. El grupo de escritores olvidados que este libro rescata forma parte de esta última categoría de documentos primarios que la historia oficial desea erradicar de la memoria histórica nacional.

No habría nada nuevo para quienes saben que los hechos históricos son más complejos que un simple número (5) y sus infinitas formas de nombrarlo ($5=4+1=3+2=2++1=\frac{1}{2}+\frac{1}{2}...$). La novedad existe sólo para aquella ortodoxia que anhela imponer un solo sentido de la historia ($5=4+1$) para erradicar cualquier otro sentido posible de narrar los hechos. Nombres ausentes del ideario histórico —Arturo Araujo y su ideario cultural, Adrián Arévalo, fundación del Ateneo de El Salvador (diciembre de 1912), José Dolores Corpeño, pacifismo, presencia afro-salvadoreña, Abraham Ramírez Peña, etc.— dan cuenta de mi fidelidad estricta a lo añejo. Rastreo lo Perdido, el Olvido expreso de toda memoria en boga.

RESUMEN DEL LIBRO

El libro se compone de cuatro artículos independientes que el lector puede leer sin un orden fijo. Su secuencia no es temática, sino cronológica. En primer lugar, «Castillo, “contra quien thodos hechan”» descubre la ambigüedad de la figura histórica de un presunto prócer, cuya imagen oscila entre un héroe y un traidor según las fuentes que se privilegien. El ensayo recopila una bibliografía exhaustiva sobre su semblante, para descubrir la falta absoluta de una voz propia del implicado. Lo curioso de quien se juzga como el verdadero prócer popular es tanto su silencio como la transformación de todos los testimonios acusatorios primarios en alabanzas tardías.

En segundo lugar, “Ríos de oro y ríos de sangre” rescata la visión pacifista y trágica que ofrece un escrito temprano de Alberto Masferrer sobre las matanzas que se organizan en nombre de la libertad luego de la independencia. El artículo analiza la doble vertiente contradictoria de la independencia, logro liberador, “oro”, y matanzas que se justifican en nombre de ese ideario, “sangre”. Se reproduce el artículo original ya que se halla ausente de la mayoría del corpus masferreriano actual.

En tercer lugar, “La independencia como problema” rescata el legado de los fundadores del Ateneo de El Salvador quienes redoblan la crítica pacifista masferreriana sobre el legado trágico y mortuorio de la independencia. Sus escritos olvidados por un siglo de desdén convocan a las víctimas de las matanzas pos-independentistas como los testificantes más fidedignos de la *longue durée* de la historia de la violencia en El Salvador. Hay que interrogar la emancipación por las “pirámides de calaveras que se alzan en las llanuras”, o bien por las “carnicerías humanas sin por qué ni para qué”, en los mismos sucesos históricos que nuestra actualidad celebra en apoteosis. Si sus escritos los omite todo historia nacional —de izquierda a derecha— esto se debe a que esta generación del cambio de siglo XIX-XX estropea la celebración del primer centenario. Denuncia la falta de todo proceso independentista, la falta de una voluntad popular por la independencia salvadoreña, así como

revela que a partir de 1821 “siempre se ha hermanado el ideal de la libertad con la sed de sangre de los vencedores”.

Por último, “Inventar lo popular - Excluir lo africano” analiza una obra clásica: *Apreciación de la independencia salvadoreña* (UES, 1974) de Alejandro Dagoberto Marroquín. Descubre cómo su intención por rescatar una voz popular la empaña su idea de mestizaje, su ideal romántico que identifica la nación a una sola cultura y raza. Su proyecto bio-político de homogeneidad racial oculta la existencia de una población indígena, mermada por las guerras pos-independentistas, al igual que acalla la existencia de toda población afro-salvadorense. En apéndice se inaugura un rescate de la contribución literaria de lo afro-salvadorense a la cultura nacional.

DE LA PORTADA

“Admito que no entiendo la portada. Si veo una figura de una mujer negroide [desconocida] Pedro Pablo Castillo. Los otros no lo sé”. Así me escribió un amigo letrado a quien se la remití para su comentario. En efecto, acostumbrados a vivir en la caverna de lo real, del pasado sólo observamos las sombras que el presente imagina. Se reconoce la única imagen que el siglo XX inventa del siglo XIX. Todo lo demás queda en penumbra.

De Castillo no hay un solo documento escrito original ni tampoco un cuadro que retrate su semblante. El simulacro actual suplanta la historia vivida. Se reconoce del pasado lo que el presente fantasea de él. La iconografía y palabras originarias ya no se visualizan como tales. Por eso, las demás figuras quedan ocultas para la mirada actual que moldea la historia a su imagen y semejanza. Esbozar la figuración historiográfica de Castillo es uno de los idearios iniciales del libro.

La portada recoge un puñado de retratos sin memoria. En el trasfondo aparece la manera que la generación olvidada que celebra el primer Centenario (1811-1911 y 1821-1921) visualiza el pasado nacional. Este mismo esquema reaparece en el índice y en la contraportada. Al igual que nosotros, nuestros predecesores también inventan un pasado —una conmemoración de la Independencia y una crítica pacifista— el cual ya no observamos de manera semejante. Rescatar su enfoque alternativo es uno de los proyectos centrales del libro. La “mujer negroide” representa el terruño, El Salvador mismo bajo su nombre literario de “El Pulgarcito de América”. Su presencia vindica la diversidad cultural que rechaza el mito en boga del mestizaje: una nación, una raza, según la bio-política en turno.

De igual manera que el presente desdeña la crítica pacifista de la independencia —una visión histórica desde las víctimas— también menosprecia la figura original que acompaña al nombre literario del país. Tanto el autor original —Julio Enrique Ávila— como el homenaje a Maximiliano Hernández Martínez los omite la historia oficial del presente. Pero la historia oficial del martinato

—Miguel Ángel García, Tomás Fidias Jiménez, etc.— rescata la mayoría de la documentación primaria que sus enemigos utilizan para descubrir una voz popular y una diversidad étnica.

A la derecha de la mujer-tierra salvadoreña, con herencia africana, aparece el primer presidente del Ateneo de El Salvador: José Dols (Dolores) Corpeño. El olvido de sus escritos lo motiva la crítica mordaz a todo militarismo. La idea de libertad se hermana con la sed de sangre de los vencedores; sean liberales o conservadores, unionistas o separatistas, nos asegura, todos anhelan el exterminio del enemigo a su llegada al poder.

A su lado, se halla el presidente cuyo despegue de política cultural motiva la fundación del Ateneo de El Salvador en diciembre de 1911. El hecho de que la *Revista del Ateneo* perdure por más de medio siglo testifica del éxito de una política de la cultura. Por último, aparece la ficción del presente que retrata a un prócer sin documentación primaria que lo sustente. He ahí la línea directriz de la portada. De lo pasado desconocido nos movemos hacia la imaginación ficticia del presente. Hacia la creación de una historia nacional al arbitrio de la política en turno. El libro ofrece un retorno hacia un origen nacionalista inexplorado por la matriz (*the matrix*) que al presente sustituye lo real del pasado.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco de nuevo a la Universidad Don Bosco la publicación de este libro, al igual que a Melissa Beatriz Méndez Moreno por el cuidado que le otorgó a su diseño artístico. Hasta la ciudad de San Salvador, remito mis mejores reconocimientos para que las flores del nopal broten, en todo su colorido, en Comala y en el trópico montañoso. Que el agave milenario se alce en las colinas de Cuzcatlán y de Aztlán.

RLM, Desde Comala siempre...

CASTILLO “CONTRA QUIEN THODOS HECHAN”

PEDRO PABLO CASTILLO Y LA REVUELTA FALLIDA DE 1814

La [Provincia] de San Salvador [...] desde sus primeras convulsiones [está] dividida en su seno [de municipios libres] por la unión a este gobierno de los vecinos leales de San Miguel, San Vicente y Santa Ana [, otras ciudades, y] los inquietos que la turbaron [en la capital]. José Bustamante y Guerra (1813)

Palabras claves/Resumen

0. Introducción

I. Historia fragmentada

I. 1. De la documentación primaria...

I. 2. ...A la controversia sobre Castillo

II. “Motines de indios”, “izquierdismo como enfermedad infantil”

III. Hechos y “calumnias”

IV. Modelo ejemplar, “exaltación de mi fantasía”

V. Más allá del “terror bustamantino”

VI. Sopor independentista

VII. Unión de los contrarios

VIII. Fuentes documentales

IX. Ilustración

Palabras claves: conciencia histórica, historiografía o escritura de la historia, independencia centroamericana, próceres salvadoreños.

Resumen

El ensayo recopila una documentación exhaustiva sobre una revuelta fallida por la independencia, ocurrida el 24 de enero de 1814 en San Salvador, El Salvador. Rastrea dos siglos de historiografía salvadoreña para descubrir la manera en que los sucesos se integran en la conciencia histórica nacional. Examina la figura de Pedro Pablo Castillo la cual oscila entre los extremos de héroe y traidor. El ensayo no restituye hechos históricos; indaga su recolección tardía y paradójica en la historiografía centroamericana. Para inventar la nacionalidad salvadoreña, la historia oficial exige que se califiquen de heroicas y organizadas las acciones de un motín que la documentación primaria acredita de alevoso y espontáneo. 1814 resulta una fecha clave para imaginar la idea de un proceso de luchas independentistas continuas desde el primer intento en 1811 hasta la doble declaración final de 1821, Independencia de España, y de 1823, Independencia de toda nación extranjera. A diferencia de otras regiones latinoamericanas, en El Salvador no existe evidencia documental para justificar una voluntad popular por la autonomía. En cambio, una inercia colonial y un sopor independentista explican la falta de guerras por la independencia y de un movimiento político organizado.

0. INTRODUCCIÓN

La noche del 24 de enero de 1814 en San Salvador, multitudes procedentes de pueblos aledaños y barrios cercanos ocuparon la ciudad. Obedecían órdenes únicas de sus ayuntamientos. Diversos alcaldes lograron que se liberara a varios colegas presos, pero fracasaron en su intento de apoderarse de las armas de un Cuerpo de Voluntarios leales al intendente criollo de la provincia, José María Peinado. Asimismo falló la propuesta de confrontarlo en cabildo abierto ante al pueblo y el llamado de los ayuntamientos a la sublevación general.

La convocatoria a la revuelta enviaba señales ambiguas que se han prestado a interpretaciones contradictorias. Anunciaba que la pacificación de la ciudad —luego del “primer grito de independencia”, 5 de noviembre de 1811— se veía frustrada, a la vez que notificaba la distancia entre intenciones revolucionarias de los próceres y reticencia del pueblo a seguir órdenes y

rebelarse. Si San Salvador se erigía como reincidente rebelde que lideraba los movimientos independentistas en el istmo, en los próximos siete años su efervescencia revolucionaria se acallaría. Parecía que el proceso de emancipación se hubiese detenido.

Pese a una disparidad numérica entre pueblo insurrecto y ejército leal, la autoridad controló la situación al dispersar a las masas en un altercado armado que causó dos muertos y “varios heridos”. Según Peinado, “esto les contuvo, y dio tiempo a que la patrulla se retirara a la plaza”. En pocas horas, el intendente y sus tropas revertían la desventaja numérica —“me ví rodeado de más de 1,000 hombres que pedían mi cabeza y la del Comandante de Armas”— en triunfo político y militar. Los “cabecillas” fueron apresados, sus bienes confiscados, y llevados a un alargado proceso legal o “juicios de infidencia”.

Entre los insurgentes se encontraba Pedro Pablo Castillo, quien logró escapar y exiliarse en Jamaica. Ausente durante los juicios, su causa judicial la conocemos por su papel de chivo expiatorio “contra quien thodos hechan”. Analizamos la ambigüedad de su figura personal y liderazgo político que oscila entre la restitución de un héroe popular y desafío justo, y su antónimo, la denuncia de un dirigente impulsivo y traidor alevoso. Restituimos una controversia historiográfica que hace de Castillo y de otros próceres figuras polémicas y abiertas al debate, al igual que de la idea de un proceso independentista una ilusión republicana-liberal. Ofrecemos no una historia del personaje y de los sucesos de 1814 que conservan su nombre. Brindamos, en cambio, un amplio escrutinio de la discordancia historiográfica de su semblante en la conciencia histórica nacional de El Salvador.

I. HISTORIA FRAGMENTADA

El acopio ideal de una investigación histórica restituye las fuentes primigenias de los autores que vivieron los eventos. Empero nuestro acceso al pasado lo modula siempre una compleja y dilatada tradición historiográfica. La larga dimensión de una memoria nacional se interpone entre el presente y lo remoto. Para la actualidad, esta gradación voluble significa casi dos siglos de historiografía salvadoreña (1814-2007). Al seleccionar formulas diversas de la documentación original, variadas retentivas escalonadas por años reconstruyen los eventos de acuerdo a criterios políticos, filosóficos en curso.

El pasado no se nos presenta tal cual —transparente y accesible— en cambio, se halla mediatizado por las múltiples versiones tornadizas de quienes nos anteceden. Se trata de reponer una sinfonía de voces sin acorde la cual se interpone entre la vivencia actual y los hechos que evocamos. Por este desacuerdo fundador, al clasificar los documentos asentamos tanto la fecha original, al igual que el término de su publicación (véase: bibliografía al final del ensayo). El lapso temporal entre testimonio originario y reproducción nos parece capital, porque la historiografía no refiere sólo el pasado abolido. Relata además el presente de su recolección, el momento en el cual ocurre la memoria del acontecimiento.

La dinámica entre presente y pasado interroga la irrupción selectiva de Castillo en la memoria histórica de la nacionalidad salvadoreña. La evocación de su figura manifiesta un mayor desafío, cuanto que no contamos con un recuerdo de su propia voz sino casi sólo se preservan acusaciones que lo incriminan. Más que reconstrucción unificada de los hechos —como la presenta todo libro de historia convencional— «Castillo “contra quien thodos hechan”» revela las agudas controversias que enfrentan las distintas posiciones historiográficas. No ofrecemos un estudio de historia; a lo sumo, al lector le prometemos una vasta inquisición sobre la historiografía de un personaje y suceso clave de la identidad salvadoreña.

I. 1. DE LA DOCUMENTACIÓN PRIMARIA...

El punto nodal de la recopilación lo colocamos durante la presidencia del General Maximiliano Hernández Martínez (1931-1944), más exactamente en 1939-1940. En este par de años, Miguel Ángel García publica la documentación primaria —*Procesos por infidencia*— que atestigua la responsabilidad directa de Castillo en los sucesos de 1814. Su relevancia es tal que la entera bibliografía podría clasificarse por el conocimiento de esos litigios, al igual que por la manera en que selectivamente se leen las acusaciones contra un procesado ausente (véase también: García, 1952).

Un año después (1941), otro historiador salvadoreño —Tomás Fidas Jiménez en su cargo de “Director y Redactor de la revista *Tzunpame. Órgano de Publicidad del Museo Nacional de El Salvador*”— reproduce casi toda la correspondencia del intendente de la Provincia de San Salvador, José María Peinado, sobre los sucesos de ese año clave (AGN, Caja 4). Asombrosamente, ambos historiadores que recolectan las pruebas de su quehacer político no

elaboran un mayor comentario crítico de su intervención. García y Fidias Jiménez nos instruyen sobre la distancia que se interpone entre el rescate de indicios pretéritos y la memoria histórica presente.

La versión actual más popularizada la refieren el poeta Roque Dalton (1965) y el antropólogo Alejandro Dagoberto Marroquín (1974) quienes le atribuyen encabezar una sublevación con amplias raíces en las clases desposeídas de la capital. Ambos autores lo convierten en uno de los primeros líderes revolucionarios. De manera más mitigada, este enfoque lo anticipan escritores de posición política contrapuesta tal cual Alberto Luna (Peinado, s/f y 1971), Adolfo Rubio Melhado (1959), Miguel Ángel Durán (1961) y Francisco Peccorini Letona (1972).

Sin dudar del llamado al levantamiento, queda por determinar si su presunto liderazgo popular significa la necesidad de la izquierda salvadoreña de lossesenta-setenta por buscar anclajes en el pasado para justificar sus acciones presentes, o bien existe documentación anterior y primaria que sustente la tesis. En su versión más radical, la intervención de Castillo se juzgaría de tentativa por incorporar a grupos sociales desposeídos a la política municipal capitalina como esfera de soberanía popular.

Las fuentes parecen alternar entre dos interpretaciones de los sucesos de 1814. Unas interpretan el alzamiento como parte de un movimiento independentista generalizado en América Latina y en el istmo. Las otras prefieren comprenderlo como revuelta local ligada a los conflictos que oponen a los habitantes de la capital salvadoreña —en específico a los criollos o al pueblo en general— más que contra las autoridades peninsulares, contra las guatemaltecas. Las interpretaciones que entienden la insurrección como un capítulo necesario dentro del largo proceso de independencia insisten en su carácter organizado y en su planificación. Por lo contrario, los enfoques que acentúan su índole local resaltan la espontaneidad popular. Dentro de esta polémica, algunos autores subrayan además la cuestión del sufragio y de la democracia electoral como detonador central de los sucesos (Gavidia, 1917-1918 y García, 1952).

La máxima documentación primaria que responsabiliza a Castillo de “Pral. Tautor de la infame insurrección” exonera a todos aquellos próceres que tradicionalmente se consideran promotores de la independencia patria (García, 1940, p. 203). Mientras Manuel José Arce y los hermanos Aguilar

niegan su participación en la revuelta e incluso deslindan su postura del malévolo proyecto de Castillo, el nombre de José Matías Delgado ni siquiera aparece mencionado, salvo como posible mediador entre el capitán general y los insurrectos.

En cambio, se involucra a su hermano Miguel Delgado, quien niega su “intervención”, y a otros habitantes de los barrios irreconocidos por la historia actual, “un partido organizado no conforme á las leyes [...] sino en el estado de conjuración”: Simón Antonio Miranda, Alberto Berdugo, Domingo Ramos y Francisco Campos, José Clemente Zelada y Victoriano Moto, José Manuel Funes y Andrés García, etc. (García, 1940, p. 225 y 1952, p. 259). Entre otras personalidades que descuellan figuran “Bernardo Torres, Silvestre Anaya, José Obispo y José Tomás Alfaro, quatro de los peores insurgentes” (Peinado en *Tzunpame*, 1941, p. 87).

I. 2. ...A LA CONTROVERSIA SOBRE CASTILLO

El hecho de que la principal evidencia de su liderazgo provenga de expedientes que lo incriminan debería incitar a que el lector los examine con suma cautela. No en vano, quienes vindican a Castillo como arquetipo de lo popular —Marroquín y Dalton— son bastante selectivos en los testimonios que retoman de los juicios de infidencia; el uno luego de consulta expresa de las fuentes originales; el otro por su absoluta confianza en lo que declara el Partido Comunista Salvadoreño (PCS). Marroquín realiza la depuración de los documentos primarios con conocimiento de causa; Dalton la ejecuta por su lealtad a la purga previa que su partido le infringe a los documentos (al citar un “trabajo aparecido en el órgano teórico del Partido Comunista Salvadoreño en diciembre de 1962”, Dalton (48) declara la omisión de los documentos originales en su trabajo).

En ambos autores, la canonización de Castillo requiere acallar elementos importantes que motivaron el levantamiento. Igual omisión la ofrecen los historiadores que anticipan la canonización de Castillo como prócer (Castro (1911), Luna (Peinado, s/f y 1971), Rubio Melhado (1959), Durán (1961) y Peccorini Letona (1972)). Las fuentes descubren dos agudas controversias alrededor de su semblante: una personal, el duelo que sostuvo el prócer contra el jefe militar del partido de Zacatecoluca, José Gregorio Zaldaña, y otra colectiva, las implicaciones de su liderazgo en enero de 1814. Esta doble faceta —individual y social— se anuda alrededor de la figura del intendente

de San Salvador, José María Peinado.

Con respecto a la pugna que lo opone al oficial realista español, ningún historiador cita la fuente primaria que fundamenta el relato de los hechos. Algunos le atribuyen el exilio a ese “duelo frontal” pero olvidan señalar que la fecha del incidente ocurrió tres años antes (Lardé y Arthés, 1936, p. 235). Quien aclara el lugar exacto —la hacienda “Miraflores”— tampoco menciona la fecha (Salazar, 1952, p. 7). Al cabo, el escritor que precisa el evento —1811 en la referida propiedad— lo califica de crimen horrendo con “el agravante de alevosía y nocturnidad” (Molina y Morales, 1985, p. 184; citado por Turcios, 1995, p. 176, pero de manera neutra). Esta censura deniega el juicio valorativo de fuentes anteriores que califican el suceso de “duelo frontal” y, con mayor aprobación, de “lucha franca y leal [...] noble lid” (Lardé y Arthés, 1936, p. 235 y Castro, 1911, p. 89 y 1971).

La ambigüedad de su figura no podría ser más contradictoria. Se halla sujeta a una valoración múltiple y polémica, de héroe a traidor. A la vez, resulta poco verosímil la correlación directa entre la contienda armada con Zaldaña en 1811 y el exilio posterior de 1814, luego de obtener indulto por el duelo, investidura oficial de alcalde segundo y participar como cabecilla de la revuelta fallida. En breve, se descubrirá su conflicto personal con el intendente Peinado como verdadero motivo de su huida.

En segundo lugar, entre las facetas más notables que se mencionan sobre 1814 se hallan los siguientes pormenores, que la más notable historiografía acalla con frecuencia: amenazas contra los miembros de ciertos barrios si no se sublevan, compra monetaria de quienes se rebelen, ultimátum por degollar a reos enemigos, proyectos de expropiación, saqueo y reparto inmediato de bienes y moneda en caso de triunfo, ante todo “la tienda de los Otondos”, ofrecimiento de cargos públicos entre los participantes, embriaguez generalizada a la hora del levantamiento y borrachera sacrílega del propio Castillo quien se robó el vino “para celebrar el Santo Sacrificio” de la parroquia de “Sn. Franco.” antes de “confirm[ar] su sentencia [de] verdugo de” Peinado, trasfondo étnico que opone negros, mulatos, indios y ladinos contra criollos y europeos, en otras versiones peninsulares y monárquicos utilizan a “los africanos” para que defiendan su causa, “quitar[les] las armas, y las cabezas” a los enemigos, a “voluntarios y blancos”, al igual que plan de ocupar “a las mugeres” de los vencidos “de molenderas”, llamado a la revuelta por repique de campanas sin respuesta popular y, por último, la repentina

desaparición de Castillo luego de aconsejarle a “la gente del tumulto [...] que no corrieran peligro” (García, 1940, p. 235. Este mismo autor acentúa la cuestión sexual al referir la “denuncia [del] incesto” contra monárquicos y defensores del orden colonial en el estribillo independentista: “ciudadanos del Tabor/digan con grande alegría,/que muera Inés y Gertrudis/I el pérfido Rentería” (1952, p. 255-256)).

II. “MOTINES DE INDIOS”, “IZQUIERDISMO COMO ENFERMEDAD INFANTIL”

Se presta a la elucubración histórica determinar cuáles de estas acciones las prevén las juntas de próceres que se organizaron en casa de los padres Aguilar, Delgado, etc., y cuáles responden a decisiones estratégicas de última hora (Monterey, 1943-1977, p. 35). Más complejo resultaría establecer la veracidad o disimulo de tales aserciones acusatorias. Si la imagen de Castillo oscila entre duelo justo y crimen alevoso, su tutela política fluctúa entre cabecilla popular y dirigente impulsivo, falto de tacto.

Más allá del conflicto de posiciones políticas entre el alcalde segundo y el intendente de San Salvador, la correspondencia de Peinado revela una confrontación personal que difícilmente se ofrecería al indulto como se les otorga a los demás próceres implicados: los Aguilar, Arce, Rodríguez, etc. Tal cual lo declara Peinado “Enero 27 de 1814”, “Castillo despachó ordenes circulares á toda la jurisdiccion, y aun fuera de ella para que no se obedeciesen mis orns. ni las de mi Asesor, y se tapasen todos los caminos para que nadie escapase” (*Tzunpame*, 1941, p. 64).

A este desacato de infidencia se añade una tentativa justiciera de crimen directo. Castillo actuaría como homicida y Peinado de víctima. La declaración anterior prosigue así:

Hecho esto se proclamó la muerte de todos los voluntarios y blancos, reservando mi persona Castillo para ser el verdugo de ella [...] los Ministros del Altar, los Templos, Dios mismos existente en ellos: nada ha sido respetado— El Alcalde Castillo para confirmar mi sentencia, pidió el vino que hubiese en Sn. Franco. [...] para celebrar el Santo Sacrificio. Los pobres PP. que intercedían por mí se lo dieron; y al acabarlo de tomar confirmó su sentencia, y entonces fue quando se asignó para verdugo de mi persona (64-65).

Más que la muerte a duelo del oficial Zaldaña —suceso que recogen casi todos los historiadores— este episodio de careo entre asesino potencial y autoridad ultrajada explicaría la urgencia que motivó la desaparición y exilio de Castillo.

Sean ciertas o falsas, las numerosas denuncias modelan el imaginario conservador de la capital salvadoreña, al postergar todo nuevo intento independentista por un período de siete años (1814-1821). La visión más punzante la desarrolla el guatemalteco J. C. Pinto Soria (1986), quien arguye una tesis leninista muy cercana al “izquierdismo como enfermedad infantil” (Lenin, 1920, [www.marx2mao.com/M2M\(SP\)/Lenin\(SP\)/LWC20s.html](http://www.marx2mao.com/M2M(SP)/Lenin(SP)/LWC20s.html)). Una revuelta espontánea suscita un triunfo de la reacción y del enemigo —la alianza criollo-peninsular— en lugar de rematar el auge del movimiento independentista. Habría no una sino dos tesis marxistas en conflicto.

La razón agitadora que la izquierda salvadoreña celebra, el guatemalteco la condena. La espontaneidad lejos de definir una estrategia revolucionaria apoya al contrincante. Con un nuevo giro borgeano, Castillo sería no el héroe de una gesta popular sino el traidor que da rienda suelta a instintos pueriles apresurados, ocasionando una reacción militar inclemente o “terror bustamantino” que retarda la independencia salvadoreña. Una apreciación semejante la expresa Peccorini Letona para quien “la falta de estrategia de Castillo malgastó lamentablemente el pujante heroísmo de nuestro pueblo” (1972, p. 61). “La efervescencia fue tan grande como fue imposible de organizar la revolución” (García, 1952, p. 269).

Como si esas acusaciones no bastasen, otra interpretación marxista alternativa refrendaría la tesis del guatemalteco Pinto Soria. Esta disyuntiva historiográfica la ofrece el estudio sobre “la violencia colonial en Centroamérica y Chiapas” de su coterráneo Severo Martínez Peláez (*Motines de indios*, 1985). Si fuese posible concebir correspondencias entre revueltas independentistas y motines de indios, 1814 en San Salvador marcaría quizás una fecha nodal de su intersección.

Los motines no fueron accidentes del sistema, sino fenómenos consubstanciales al mismo, que lo conservaban [en el caso de 1814, por siete años más] en tanto que funcionaban como válvulas de escape del disgusto social y como avisos, previstos y hasta deseables, porque eran explosiones de descontento aisladas [en la capital sin

apoyo de los otros partidos de la provincia salvadoreña] y por ende fácilmente controlables” (Martínez Peláez, 1985, p. 46).

Según el capitán general, José Bustamante y Guerra, la previsible autoría intelectual de 1814 recae en “los padres Aguilar, agentes principales de las inquietudes de San Salvador”, “cuyo maligno influjo prepar[ó] al pueblo”, más que en Rodríguez y Castillo, autores materiales: “los que reunidos con otros [...] tocaron las campanas” (Bustamante en Fernández, 1929, p. 81 y 105).

Si la demora de toda nueva lucha independentista capitalina verifica la idea de conservación del sistema colonial, el vaticinio de su ocurrencia lo rastrearán los reportes del mismo capitán general y del intendente de San Salvador. Otros elementos comunes a ambos alzamientos —“motines de indios” y revuelta de 1814— son: “iniciativa súbita” o espontánea, exaltación alcohólica, “ataque a la autoridad local” o regional, intento de asesinarla, “saqueo”, “brote de violencia de muy corta duración”, “movilización masiva”, pero rápida dispersión de los congregados pese a la disparidad numérica entre pueblo insurrecto y ejército leal, etc. (50, 56 y 63). Las cifras más extremas las apunta el historiador salvadoreño Ramón López Jiménez: 4500-5000 amotinados y un pelotón de 25 soldados leales (1962, p. 58).

Pero, ante todo, lo que Martínez Peláez cuestiona es el concepto mismo de «“cabecilla”» el cual responde a “una elaboración de la autoridad colonial” —Peinado acusando a Castillo— más que a la dinámica misma del motín y de “las verdaderas causas del descontento” (57). “Las personas sindicadas como cabecillas [—Castillo entre ellas—] no lo fueron realmente, sino por obra de la eventualidad y la necesidad de los represores” (58). En carta fechada “Febrero 24 de 1814”, Peinado confirma la tesis del historiador guatemalteco al atribuir los disturbios en Cojutepeque no a problemas sociales sino a asuntos personales de liderazgo: “las conexiones y parentesco de Rodríguez [...] ó las de compañero Castillo qe. estuvo algunos años avecindado en él, y aun fué Alce. Pedaneo” (Peinado en *Tzunpame*, 1941, p. 91-92).

Por último, con Martínez Peláez, citación de pueblos a última hora y “corta duración” del motín implicarían que los planes independentistas existen sólo en el ideario político de ciertos próceres. Las masas convocadas acuden ante el llamado de sus autoridades municipales sin proyecto revolucionario en mira. Si “la ciudad estaba invadida por gente dispuesta al sacrificio”, se ignora la razón por la cual “la inactividad fue la muerte de la Revolución”. El “grito

de guerra” —“Castillo, activo y valiente pero mal táctico [...] repi[cando] las campanas de la Parroquia”— no produjo resultado”: la anhelada insurrección popular (Duran, 1961, p. 93, 99 y 104).

III. HECHOS Y “CALUMNIAS”

Acaso si existiese evidencia de su respuesta testimonial a las acusaciones *in absentia*, la historiografía de su figura se alteraría por completo. Durante los juicios de infidencia, incapaz de defender su causa, Castillo desempeña el papel de chivo expiatorio. Como lo reconoce un testigo preso, si a alguien hay que incriminar, es a Castillo “contra quien thodos hechan” (García, 1940, p. 219). Esta máxima posee un peso tal que la retomamos como título del presente escrito.

El problema historiográfico que suscitan los improprios legales lo aclara el juicio contra Mariano Fagoaga, litigio en el cual Castillo apenas aparece mencionado en dos ocasiones (García, 1940, p. 259-306). Durante este procedimiento judicial, el acusado revierte las sentencias contra los testigos al calificarlos de “delatores”, mentirosos, sujetos a la calumnia y al soborno. “Muchos voluntarios [...] han pasado alas cárceles, o cuarteles a aconsejar a los Presos que alli se hallavan para que depusieran contra las Casas de Delgados, Arzes, —Aguilares y Faguagas ofreciéndoles por esta vajesa ponerlos libres y dandoles de comer y dinero [...] todos los testigos [...] son sus enemigos [...] y han intentado maliciosamente ultrajandome con calumnias y especies ofensivas” (276 y 278). Esta problemática de la causa lícita la reitera Miguel Delgado. Si “el partido dominante es el de mis enemigos” y “ninguna causa se determina sin oír los descargos y defensa del hombre acusado”, parecería que esa máxima suprema no se aplica a la Casa de los Castillo (García, 1940, p. 252-253).

Presumimos que no sólo se degrada a los próceres presentes por sus iniciativas políticas, sino también el mismo Castillo se defendería frente a las múltiples acusaciones que “todos le echan” para eximirse ellos mismos de cualquier culpa y castigo. Tal vez su canonización actual exhiba un razonamiento complementario, en las antípodas de su incriminación pasada. Al presente, la infracción de infidencia se traduce en su contrario: lealtad a lo popular y a la libertad soberana. En breve, la sentencia «Castillo “contra quien thodos hechan”» se revierte en su antónimo suplementario: “Castillo a quien todos aman”.

IV. MODELO EJEMPLAR, “EXALTACIÓN DE MI FANTASÍA”

En nuestro Estado no podemos admitir otras obras de poesía [e historia] que los himnos a los dioses y los elogios de los hombres grandes. Platón

Es necesario leer los documentos con un extremo ojo crítico ya que, en su mayoría, los autores privilegian el patriotismo sobre la objetividad. Su labor consiste en realizar un clásico “*logos epitaphios*” —panegírico ritual que glorifica gestas heroicas para la identidad presente— más que una exégesis rigurosa de sucesos históricos sometidos a la reflexión analítica. “Sobre la ciudad, en el cenit, un ángel permanecía, con las alas desmesuradamente abiertas y teniendo en la mano la espada desnuda de la Revolución” (García, 1952, p. 255).

A la referida depuración de los documentos primarios, se añade “el deber patriótico [de] recordar y enaltecer sus virtudes [...] para que a su presencia se exalte mi fantasía y me haga sentir su recuerdo los oleajes de entusiasmo patriótico [...] porque las virtudes de tan egregios varones [...] reclaman el extenso escenario del universo” (Castro, 1911, p. 79). A ambos extremos —izquierda en búsqueda de modelos populares pretéritos e historia oficial que “coincid[e] con las aspiraciones del señor Presidente”— “en desfile de titanes”, “los visionarios varones” esquivan toda objetividad al preferir el dictamen de una retórica nacionalista y partidaria (Rubio Melhado, 1959, p. 5).

Al enaltecimiento de las proezas independentistas, trabajos recientes contraponen la pasividad del istmo en antítesis a las amplias luchas en otras regiones del imperio español (Hawkins, 2004 y Dym, 2006). Un arraigado conservadurismo explicaría el letargo de siete años que media entre la frustrada revuelta en la capital salvadoreña (1814) y la declaración final de 1821. Es posible que aquellas incriminaciones que acallan los mayores apologistas de Castillo —Dalton, Marroquín y otros— hayan causado tanto temor en la capital salvadoreña que su resonada moderación la condujo a rechazar todo anhelo independentista por más de un lustro (Pinto Soria, 1986 y Martínez Peláez, 1985).

Esta tesis original cuestionaría no sólo la idea misma de contiendas

independentistas, sino también la de movimientos populares o lucha de clases que acompañan a un proceso sin continuidad ni vigor arraigado en el alma del pueblo. Bastaría reforzar este juicio por las escuetas “anotaciones cronológicas” que realiza los historiadores Francisco J. Monterey y Miguel Ángel García para los años 1815-1820 (Monterey, 1943-1977, p. 49-60 y García, 1952, p. 307-308). La idea de una lucha continua por la independencia sería un mito fundacional, republicano y liberal.

Para justificar el vacío, escritores que anhelan recrear la aureola de “esa cruzada de redención” o lucha incesante de gesta independentista, se concentran en evocar 1811 sin preocuparse por explicar la ruptura de una década (Vilanova, 1911, Castro Ramírez en Fernández, 1929, p. VI y Lardé y Larín, 1960). Resulta paradójico que “los revoltosos de San Salvador” —ciudad en la cual “no ha sido posible su absoluto restablecimiento”— se acallen luego de 1814 hasta 1821 (Lardé y Larín, 1960, p. 126 y Peinado en *Tzunpame*, 1941, p. 47). Los juicios éticos que recubren la descripción de los sucesos conducen a ciertos historiadores a tildar de “pueblos inferiores” a todos aquellos municipios libres que no apoyan las revueltas capitalinas: San Miguel, San Vicente, Sonsonate, Santa Ana, Metapán, Zacatecoluca, Sensuntepeque, Chalatenango, Usulután, etc. (Lardé y Larín, 1960, p. 107; véase: Valladares, 1911: 16, quien confirma que “los ricos partidos de San Miguel, Santa Ana y San Vicente no sólo no se adhirieron a la revolución, sino que se pusieron en armas para combatirla”, lo cual demostraría la división interna del futuro país en bando enemigos).

Sea acertada o errada, la investigación actual nos obliga a presentar no una visión unificada de los hechos, sino a revelar al menos tres interpretaciones en conflicto sobre el sopor independentista: 1) “terror bustamantino”, teoría clásica sobre una represión inusitada que eliminó toda revuelta y oposición (Marure, 1837), 2) alianza peninsulares-criollos para sosegar cualquier descontento étnico-popular, por represión conjunta contra la lucha de clases y por temor hacia una movilización de los desposeídos; esta alianza la alimentaría el estallido espontáneo y cíclico de “motines de indios”, y 3) carácter conservador generalizado del istmo, por apatía ante casi toda idea revolucionaria-independentista que circulaba en otras regiones, salvo entre pequeños grupos urbanos ilustrados o «“liberales exaltados”» sin mayor alcance popular.

Entre la tesis (1) y su antítesis (2) existe un mayor acuerdo —“terror

bustamantino” desacreditado o avalado por los criollos— que entre ambos extremos supuestos y la fallida síntesis (3). Esta “negación de la negación” acredita la existencia de una apatía generalizada contra todo cambio independentista la cual sería previsible que los opuestos contradigan con vehemencia. Aún el marxismo, teoría de la ruptura, acepta sin crítica que la represión bustamantina explica la ausencia de movimientos populares y el retraso de la independencia (Marroquín y Pinto Soria). Al mito fundador de lo nacional —fervor de las luchas independentistas— la actualidad restituye la desidia e indolencia que alargaron el imperio español. En su defecto, quiebra con la idea posindependentista que concibe la colonia como momento de retraso económico y de opresión política desmesurada.

Tal cual lo anticipa el historiador José Antonio Cevallos (1919, p. 20), el capitán general José Bustamante y Guerra no calificaría como el gobernador “inflexible” y absolutista —“un bandido en el ejercicio del poder”— sino como el conciliador, administrador borbónico que propone reformas y opta por el diálogo en lugar de reprimir a los insurrectos de 1811 en San Salvador. Al Bustamante déspota que inventa Marure (1837-1903, p. 4), Cevallos contrapone al “prudente” y al magnánimo oficial que suprime el tributo indígena. “Bando en que se comunican importantes disposiciones, como la abolición de la esclavitud” (sin fecha, pero situado entre un documento de “Octre. 24 de 1813” y otro de “Enero. 3/ 1814”, *Tzunpame*, 1941, p. 56-57 y Durán, 1961, p. 63-66 quien juzga las “concesiones a los oprimidos y explotados indígenas” de “paraíso artificial”).

V. MÁS ALLÁ DEL “TERROR BUSTAMANTINO”

Acreditamos a los historiadores salvadoreños J. A. Cevallos (1891-1919) y Rodolfo Barón Castro (1961), por ser los pioneros en destruir “la tradición liberal” que explica la interrupción del proceso independentista por el “terror bustamantino” (Hawkins, 2004, p. xviii y Dym, 2006, p. 95). Cevallos asienta “la exageración” sobre “el vituperio del señor Bustamante [...] no es creíble, hablando humanamente, que aquel gobernante, haya sido tan perverso y enemigo de los hombres” (1919, Tomo II, p. 20 y Barón Castro, 1962, p. 123). Si “el sistema de persecución que se empleaba” resulta tan brutal, no hubiese existido ningún levantamiento de 1811-1814, ya que la acción represora se halla en vigor desde la primera década del siglo XIX (Cevallos, 1919, Tomo II, p. 9).

Más que una nación entera avanzando unida hacia el futuro, ambos autores vislumbran los conflictos posindependentistas al anunciar que Centro América se halla(ba) dividida sobre el proyecto de nación por venir, en ese momento, independencia o continuidad del imperio español (véase: Bustamante en Fernández, 1929, p. 96, epígrafe inicial, Monterrey, 1943, para la división de los distintos partidos (san)salvadoreños y López Velásquez, 2000, p. 60, “no hubo apoyo del resto de la provincia”). No sólo el mismo intendente de San Salvador asegura la lealtad monárquica de los partidos de Santa Ana, San Miguel y San Vicente, sino también Cevallos reitera que “algunos” próceres “desistieron” de participar en los eventos de 1814. Las ambigüedades de la historia oficial las describe el costarricense Carlos Meléndez Chavarri quien a la vez de calificar a Arce como “principal protagonista en los acontecimientos de enero”, admite que su “participación [...] parece haber sido en verdad bastante moderada” sin dilucidar la verdadera autoría de la revuelta (2000, p. 128 y 134).

Asimismo sucede con la figura de Delgado, cuyo silencio sobre los sucesos de 1814 sus biógrafos no explican más allá de la sospecha de “los europeos honestos de San Salvador” por la presencia de su hermano (García, 1939, López Jiménez, 1961, Barón Castro, 1962 y Meléndez Chaverri, 2000, p. 133). La aserción más enérgica la desarrolla el trabajo de Miguel Ángel Durán para quien “hasta la proclamación de la independencia [Delgado] no se destacó en forma alguna [...] por eso no se le instruyó proceso de infidencia alguno y su actuación fue al lado de los monárquicos [...] uncido a la maquinaria del gobierno realista, mero observador talvez de los acontecimientos” (1961, p. 13).

Acaso este titubeo nos obligue a elaborar una caracterización positiva —similar a la de Bustamante— del intendente José María Peinado. Luego de percibirse como represor de los conjurados de 1814, reconoce que “los vicios de la sociedad” derivan “del Gobierno” y pierde “la Intendencia de San Salvador” por su escrito borbónico liberal durante la restauración absolutista (Monterrey, 1977, 45 y 50; Peinado 1811-1953). Si existe una imagen idónea de José Matías Delgado, el amigo íntimo que lo hospedaba durante sus estadias en Guatemala, el mismo Peinado merecería recibir también un tratamiento similar (Molina y Morales, 1985, p. 101). La vindicación del intendente la realiza Cevallos al reconocer su carácter moderador luego del levantamiento de 1811 y “su administración [...] conciliadora” (Fernández, 1919, p. 27). En la propia Academia Salvadoreña de Historia, Ismael G. Fuentes (1927, p.

9-14) realiza su “reivindicación histórica del Intendente de San Salvador”, arguyendo que su “actuación humana y comprensiva” queda en el olvido debido al encierro de “archivos poco accesibles”.

Como lo reitera Barón Castro, en cierta época, la “ideología [de Delgado] debía estar [...] más cerca del constitucionalismo de Peinado que de cualquier fórmula más radical” (1962, p. 179). Por su parte, Miguel Ángel García asegura que “Peinado, tan benéfico a esta Provincia que por muchos años conservó viva su memoria [...] logró con sabias disposiciones restablecer el orden y la tranquilidad” (1939, p. 106). En otros términos, la alianza Delgado-Peinado, Peccorini Letona la interpreta como “división interna surgida en el Partido Independentista entre moderados y radicales [que] hizo fracasar [el] hermoso movimiento [de 1814] los radicales —los dos Alcaldes, D. Juan Manuel Rodríguez y D. Pedro Pablo Castillo— no obstante la desaprobación expresa de los moderados —entre los que figuraban los Arce, los Delgado y los Fagoaga—, llevaron al pueblo a una acción armada desastrosa” (1972, p. 8).

Tomás Fidias Jiménez —“Director y Redactor de *Tzunpame. Órgano de Publicidad del Museo Nacional de El Salvador* (1941)”— rehabilita con mayor ahínco al intendente al caracterizarlo como “figura excelsa que debe figurar en la galería de los símbolos americanos [por] su ideal grandioso [...] de poder independizar algún día estas provincias” (34). El pretendido enemigo de la emancipación queda descrito por su “disimul[o ante] los movimientos revolucionarios mantenidos por los beneméritos Padres Aguilares”, es decir, convertido en prócer (35). Si resulta polémico deducir este encubrimiento, es evidente la defensa que Peinado realiza de Delgado quien “no cesa en quantas cartas escribe, de encargar la tranquilidad, la obediencia, la sumisión, y sobre todo la confianza en esa superioridad, y en nuestro Gobierno Nacional” (Peinado en *Tzunpame*, 1941, p. 54). A lo sumo, si los padres Aguilar interceden ante Castillo, ebrio de vino de consagrar, para que no asesine a Peinado, el intendente no podría sino defenderlos solapadamente, aun si ellos mismos apoyan a Castillo en su huída al exilio. Para el historiador eclesiástico, Santiago Ricardo Vilanova, Peinado descuella por “su grande ilustración [...] prudencia y la suavidad de su carácter” (1911, p. 47).

Esta defensa —cercanía de pensamiento— explicaría que el capitán general Bustamante considerase el envío de Delgado “para influir en la pacificación del pueblo” en 1814, al tiempo que dudara de la honestidad de Peinado “por su relación [estrecha] con el cura Delgado” (Bustamante en Fernández,

1929, p. 78 y 72). Además de la amistad entre ambos criollos —Delgado y Peinado— Bustamante reporta la negligencia del intendente al informar con sumo retraso los preparativos de la confabulación en 1814. Mientras el capitán general percibe un desarrollo paulatino “desde el principio del año anterior de 13”, Peinado consigna los hechos hasta que se hallan consumados como si “una transformación repentina y extraordinaria” convirtiese a “pueblos sumisos [y] en la más estúpida ignorancia [en] academias ocupadas en disputas políticas” (74). Sea lo que fuere, reclamamos la paradójica amistad y unidad política entre un prócer de la independencia salvadoreña, José Matías Delgado, y la autoridad colonial suprema, el intendente de la capital. Héroe y traidor son íntimos amigos, hermanos gemelos.

VI. SOPOR INDEPENDENTISTA

El “letargo” independentista de ciertos sectores sociales —de los indígenas particularmente— lo explicaría que bajo la corona española contaban con una autonomía política y económica municipal que la república independiente les denegaría (Gavidia, 1917-1918 y Dym, 2006). Un cuarto de siglo después de la independencia, el viajero británico E. G Squier anotaba la correlación directa entre tierras del común y bonanza económica que expiraría con la reforma liberal: “las reservaciones de tierra hechas por los españoles en favor de los indios han sido el medio de establecer una población rural industriosa” con soberanía política municipal (*The States of Central America*, 1858, p. 313). En este clima de bienestar social y de paradójica emancipación municipal durante la colonia, la independencia representaría un giro contradictorio hacia la sujeción (véase: Monterey, 1943-1977, quien reporta la participación indígena salvadoreña, al igual que Lardé y Larín, 1960, p. 111 quien añade la instigación de la mujer indígena en Metapán, «“si no tienen calzones, aquí están nuestras naguas”»).

Para una interpretación radical — en la cual Gavidia (1917-1918) anticipa la actualidad historiográfica de la estadounidense Jordana Dym, (2006)— la autonomía del municipio colonial funcionaría como sede de la soberanía política de cada pueblo y de su cultura regional. Más que una unidad nacional, hacia las postrimerías de la independencia, El Salvador sería una miríada de municipios libres cada uno de ellos caracterizado por su idiosincrasia particular. Tal cual reza la consigna de Arce en 1811, el ideario de independencia significa no la total emancipación regional, sino la supresión de todo intermediario entre municipio libre y soberano real: “sólo debemos

obedecer a nuestros alcaldes y al rey Fernando VII” (Monterrey, 1977, p. 15 y Barón Castro, 1962, p. 155).

La huella de esta tradición colonial se encuentra en el artículo 115 de la constitución política de los Estados Unidos Mexicanos que legaliza esta institución como fundamento de la república. Su arraigo permite el desarrollo de un complejo cultural heterogéneo —un “México profundo”— que la antropología crítica defiende con ahínco, desde el indigenismo clásico de Gonzalo Aguirre Beltrán hasta los trabajos de Guillermo Bonfil Batalla. A nivel político salvadoreño, la encarnizada lucha electoral por la alcaldía de San Salvador opera como rastro presente del prestigio nacional de la máxima autoridad municipal.

VII. UNIÓN DE LOS CONTRARIOS

Quizás arduas reflexiones determinarían que la distinción entre héroe y traidor no dependía de hechos pretéritos. Se la sugerían los múltiples dictámenes que le insinuaban los más variados reportes judiciales.

Anónimo, Escuela Borgeana de Azlán (EBA)

Al citar la versión oficial del Partido Comunista Salvadoreño sobre 1814, Roque Dalton asienta que los próceres primero apaciguaron a la población y “después en los juicios instruidos contra ellos confesaron paladinamente” su traición (Dalton, 1979, p. 52). Hay en este enunciado una confusión típica al realismo ingenuo. Se presupone que al principio contamos con los hechos en bruto y luego recolectamos los documentos que los narran. Existe una secuencia lineal entre la ocurrencia de los sucesos de 1814, su relato posterior en los juicios de infidencia y la recolección conclusiva en el presente.

Sin embargo, el panorama se complica en la medida en que la única manera de reconstruir los hechos deriva de lo que asienta la documentación posterior. No existen expedientes testimoniales que declaren *in situ* organización, suceder de la revuelta y aporte particular de Castillo. Los reportes judiciales —la correspondencia de autoridades, Peinado ante todo— nos informan de hechos que por sí no hablan. Los sucesos acaecen en un momento abolido para los testigos oculares que testimonian, cuanto más para nosotros mismos inquisidores del pasado.

Al invertir la secuencia hecho-relato-recolección, apelamos a una hermenéutica de la historia cuyo acento yace en la memoria presente más que en el acaecer factual de lo extinto. Lo que viene a la presencia no son los hechos; visualizamos sólo lo que Miguel Delgado llamaba las perversiones del “partido dominante [que] es el de mis enemigos”. En palabras de Arce, indagamos de los hechos aquello que “es absolutamente falso, falsísimo” ya que determinamos la causa “sin oír los descargos y defensa del hombre acusado” (García, 1940, p. 4).

Por esta oscuridad factual exigimos rebasar las lecturas valorativas que seleccionan a su arbitrio cargos judiciales convenientes para recrear una imagen útil a fines políticos actuales. Hay que restituir la integridad de las incriminaciones contra Castillo, a la vez que cuestionar la validez de las denuncias. Bajo esta doble presuposición, establecemos la dificultad de trazar fronteras entre la verdad y la mentira, la narración y los hechos, o con Arce lo “falsísimo” y la certeza. Asumimos nuestro presente como “amalgamación [de contrarios] una verdadera locura” posmoderna y global (Arce, *Memoria*, 1947, p. 181).

Esta duda que desdibuja límites entre antónimos nos obliga a reconocer las contradicciones internas a la historiografía salvadoreña. No sólo evocamos la dificultad de separar al héroe del traidor: Peinado, amigo de Delgado, ante Castillo su presunto victimario (Breñas en Peinado, 1953, p. xix). En paradójica asociación, Cevallos, Vilanova, Fidias Jiménez, Breñas y Barón Castro redimen la figura constitucionalista del intendente y sus acciones borbónicas liberales. Su postura administrativa constitucional lo acercaría a “la cabeza notoria de la efervescencia independentista” —Delgado— quien se halla ausente en 1814, rivalizando igualmente con el ala radical que representa Castillo (Lardé y Larín, 1960, p. 42). A la vez, asentamos lo complejo que resulta separar “movimiento insurgente” de “motín de indios”, es decir, distinguir entre acción contra el enemigo colonial autoritario de su conservación por actos de rebeldía tan extremos como previsibles. Más allá de la ilusión liberal por un “terror bustamantino”, existe un mutismo generalizado sobre el interregno de 1814 a 1821 que declara la inexistencia de un proceso independentista. Su desarrollo se ve interrumpido por siete años y la continuidad de su transcurso no expresa sino el deseo republicano-liberal por crearse un mito fundacional.

Ante el silencio de Castillo, dentro de esta doble irresolución —héroe-traidor,

emancipación-coloniaje— nos afiliamos no con uno u otro de los antónimos complementarios. Tomamos partido por su incertidumbre documental y ambigüedad factual. Como resuena un antiguo adagio español, los hechos pasados dependen “del cristal” con que el presente los mira. A nuestro entender carecemos de acceso a su ocurrencia, salvo por las sombras que se reflejan en la profundidad de nuestra vasta caverna.

VIII. FUENTES DOCUMENTALES

La bibliografía adjunta ofrece una vasta retrospectiva de la escritura de la historia salvadoreña sobre los sucesos de 1814. Su orden cronológico aclara la invención del pasado con mayor rigor que la convención alfabética en boga. En particular, ilustra el aporte del prócer Pedro Pablo Castillo (1780-1817) en la organización y desarrollo de una revuelta abortada. Brevemente, cada entrada bibliográfica anotaría la presencia o ausencia de Castillo y, en caso afirmativo, la relevancia que le concede a su participación. El catálogo temporal indaga en qué medida su arbitraje como líder popular de un “movimiento independentista espontáneo” el 24 de enero de 1814 expresa una visión retrospectiva de la historia.

Siglo XIX:

Archivo General de la Nación de San Salvador. Catálogo, Fondo Colonial, 1704-1822, Sub-fondo, Intendencia de San Salvador. Caja 4. Serie: Correspondencia enviada por José María Peinado. Expediente 1 (BD 4112), 1813, Febrero 22 — Expediente 65 (BD 3184), 1814, Octubre 24.

---. Caja 5. Serie: Motín de febrero 1814. Expediente 8 (BD 4410), 1814, Enero 3 a/1, s/p — Expediente 10 (BD 4474), 1814.

Marure, Alejandro. *Bosquejo histórico de las revoluciones de Centro-América. Desde 1811 hasta 1834*. París/ México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1913. San Salvador, Editorial Lis, 2000. Primera edición, 1837 y 1877.

Carta de José León Castillo (hijo del Prócer Pedro Pablo Castillo) al Gral. Gerardo Barrios informándole de la fecha en que murió su padre. S. S. 22 de octubre de 1860. Cortesía de Carlos Alfredo Medina Rivera. Archivo General de la Nación.

Gómez Carrillo, Agustín. *Compendio de la historia de la América Central*.

Madrid, Imprenta de la Viuda de Hernando y Co., 1892.

Cevallos, José Antonio. *Recuerdos salvadoreños. Tomo II.* San Salvador, Imprenta Nacional, 1919. Primera edición, 1891

Siglo XX (primeras dos décadas):

Peinado, José María. 1814. San Salvador, S/editorial, S/fecha. “Informe del Capitán General de Guatemala D. José de Bustamante sobre los acontecimientos de 1814” (209-231) y “El arte al servicio de la libertad en Centro América. La primera representación dramática en San Salvador ‘Mas vale tarde que nunca’ a Francisco Gavidia” de Alberto Luna (232-234; véase: Castro, 1932). “Comunicación dirigida por el Intendente Don José María Peinado al Capitán General del reino, dándole cuenta de la insurrección efectuada en la ciudad de San Salvador el 24 de enero de 1814”.

Fernández, León (Ed.). *Colección de documentos para la historia de Costa Rica.* Volumen 10. Barcelona, Imprenta Viuda de Luís Tasso, 1907. Incluye el documento “El capitán general de Guatemala informa sobre los movimientos revolucionarios de San Salvador.— Año de 1814 (Archivo General de Indias.— Estante 101, cajón 3, legajo 7)” (467-491). Reproducido en: *Documentos relativos a los movimientos de independencia en el Reino de Guatemala.* San Salvador, Ministerio de Instrucción Pública, 1929. 69-96.

Vilanova, Santiago Ricardo. *Apuntamientos de historia patria eclesiástica.* San Salvador, Imprento Diario de El Salvador, 1911

Luna, Alberto. *Próceres. Tomo I.* San Salvador, 1911.

Castro, Rafael V. (Ed.). *Próceres; documentos y datos históricos.* San Salvador, Tipografía “La Unión”, 1911. Contiene “Informe del intendente jefe político de San Salvador, don José María Peinado, sobre los sucesos de 1814, enviado directamente á España” (106-110).

Valladares, Manuel. *Biografías del Doctor Don José Matías Delgado y General Manuel José Arce.* San Salvador, Tipografía la Unión, S/f. Juegos Florales de San Salvador, 3 de noviembre de 1911. Primer Premio del 2º y 3º tema de los Juegos Florales.

Gavidia, Francisco. *Historia moderna de El Salvador*. San Salvador, Ministerio de Cultura, 1958. Primera edición, 1917-1918.

Batres Jáuregui, Antonio. *La América Central frente a la historia. 1821-1921. Tomos I-III*. Guatemala, Tipografía Sánchez & de Guise, 1920.

Reyes, Rafael. *Nociones de historia de El Salvador*. San Salvador, S/Ed., 1920. 3ª edición.

Alfonso Quiñónez Molina, Pres. Salvador, Calixto Velado; Ricardo Casanova y Estrada; Francisco Gavidia; Víctor Jérez; Manuel Valladares; Pedro Arce y Rubio; Rafael V. Castro; Manuel Castro R; Salvador Rodríguez González. *Recordatorio patriótico. Obsequio del señor presidente de la república, doctor don Alfonso Quiñónez Molina a las escuelas de El Salvador. 1o de julio de 1823-1o de julio de 1923*. San Salvador, Imprenta Nacional, 1923.

Fernández, León. *Documentos relativos a los movimientos de independencia en el Reino de Guatemala*. San Salvador, Ministerio de Instrucción Pública, 1929. Contiene “Informe del Capitán General a la Regencia (E. 101, C. 3, L. 7), Guatemala, mayo 18 de 1814” e “Informe del fiscal al Consejo de Indias (E. 101, C. 3, L. 7, fechado al final, Madrid, 19 de agosto de 1816

Siglo XX (segundas dos décadas):

Castro, Rafael V. *Páginas Históricas. Narraciones. Tomo I*. San Salvador, Imprenta La República, 1932.

Olmedo, S. I., Daniel. *Apuntes de historia de El Salvador*. Barcelona, Tipografía Cat. Casals, 1933.

Lardé y Arthés, Enrique. *Historia de Centro América*. San Salvador, Librería Universal, 1936.

Figeac, José F. *Recordatorio histórico de la República de El Salvador*. San Salvador, Talleres Gráficos Cisneros, 1938.

Fuentes, Ismael G. *Conferencia*. San Salvador, Imprenta Nacional, 1927.

Salvatierra, Sofonías. *Contribución a la historia de Centroamérica*. Managua, Tipografía Progreso, 1939

García, Miguel Ángel. *El doctor José Matías Delgado*. San Salvador, Imprenta Nacional, 1939.

García, Miguel Ángel. *Procesos de infidencia contra los próceres salvadoreños de la independencia de Centro América*. San Salvador, Imprenta Nacional, 1940.

Fidias Jiménez, Tomás. “Algo sobre la ilustre figura del Ex-intendente de San Salvador Dr. Dn. José María Peinado y Pezonarte”. *Tzunpame. Órgano de Publicidad del Museo Nacional de El Salvador*, Año 1, Número 1, septiembre de 1941. 33-35. Este mismo número reproduce la correspondencia del intendente de San Salvador José María Peinado. Incluye un total de dos documentos originales de Peinado (35-37) —su “renuncia [a] la diputación de Cadiz” y la “contestación a dicha renuncia”— así como sesenta y ocho “documentos relativos a los movimientos de la independencia”, también del mismo Peinado (35-141).

Villacorta C., J. Antonio. *Historia de la Capitanía General de Guatemala. Guatemala*, Tipografía Nacional, 1942.

Monterey, Francisco. *Historia de El Salvador. Anotaciones cronológicas, 1810-1842. Tomo I*. San Salvador, Editorial Universitaria, 1977.

Revista Repositorio. Archivo General de la Nación

Siglo XX (segunda mitad):

García, Miguel Ángel. *San Salvador. Desde la conquista hasta el año 1894. En lo político, social, ciencias, letras y bellas artes. 1546-1946*. Tomo I. San Salvador, Imprenta Nacional, 1952.

Salazar, Ramón A. *Manuel José Arce*. Guatemala, Ministerio de Educación Pública, 1952.

Galich, Manuel y Díaz, Carlos Enrique. *Discursos conmemorativos del CXXX [i.e. centésimo trigésimo] aniversario de la emancipación política de Centro América*. Guatemala, C.A., Ministerio de Relaciones Exteriores, 1951.

Mi patria. Sus símbolos, su independencia y sus próceres. San Salvador, Ministerio de Cultura, 1955.

Peinado, José María y Antonio Larrazábal. *Instrucciones para la constitución fundamental de la monarquía española y su gobierno*. Guatemala, Ministerio de Educación Pública, 1953. César Brañas, “Larrazábal y Peinado” (vii-xx).

Rubio Melhado, Adolfo. *Próceres Salvadoreños*. San Salvador, El Salvador, Ministerio de Cultura, Departamento Editorial, 1959.

Lardé y Larín, Jorge. *El grito de la Merced. 5 de noviembre de 1811*. San Salvador, Ministerio de Cultura, 1960.

Durán, Miguel Ángel. *Ausencia y presencia de José Matías Delgado en el proceso emancipador*. San Salvador, Dirección General de Publicaciones, 1961.

Guandique, José Salvador. *Presbítero y doctor José Matías Delgado*. San Salvador, Dirección General de Publicaciones, 1961.

López Jiménez, Ramón. *José Matías Delgado y de León*. San Salvador, Dirección General de Publicaciones, 1962.

Barón Castro, Rodolfo. *José Matías Delgado y el movimiento insurgente de 1811*. San Salvador, Dirección General de Publicaciones, 1962.

Peccorini Letona, Francisco. *La voluntad del pueblo en la emancipación de El Salvador*. San Salvador, Dirección General de Publicaciones, 1972.

Dalton, Roque. *El Salvador (monografía)*. San Salvador, Editorial Universitaria, 1979. Primera edición, 1963 y 1965.

Castro, Rafael V. “Pedro Pablo Castillo” in Luna, Alberto, Rafael V. Castro, Víctor Jerez y Manuel Castro Ramírez, *Estudios sobre historia patria*. San

Salvador, Sección de Letras del Ministerio de Educación, 1971. 39-40.
“Presentación” de Rafael Mendoza.

Valladares Rubio, Manuel. *Sucesos precursores de la independencia*. Guatemala, Editorial del Ejército, 1971.

Meléndez, Carlos (Ed.). *Textos fundamentales de la independencia centroamericana*. San José, EDUCA, 1971. Contiene el documento primario intitulado “El Capitán General de Guatemala da parte documentada de las segundas conmociones de la ciudad de San Salvador ocurridas el 24 de enero último”, Guatemala, 18 de mayo de 1814, Archivo General de Indias, Sección Audiencia de Guatemala, Legajo 631 (129-137).

Marroquín, Alejandro D. *Apreciación sociológica de la independencia salvadoreña*. San Salvador, Editorial Universitaria, 1974.

Molina y Morales, Roberto. *Los precursores de la independencia*. San Salvador, Editorial Delgado, 1985.

Pinto Soria, P. C. *Centroamérica, de la colonia al estado nacional (1800-1840)*. Guatemala, Editorial Universitaria de Guatemala, 1986.

Aguilar Avilés, Gilberto. *Tu historia, blasón de héroes y mártires*. San Salvador, Dirección de Publicaciones, 1995.

Turcios, Roberto. *Los primeros patriotas. San Salvador 1811*. San Salvador, Editorial Tendencias, 1995.

Siglo XXI:

López Velásquez, María Eugenia. *San Salvador en la anexión centroamericana al Imperio del Septentrión*. San Salvador, Dirección de Publicaciones e Impresos, 2000.

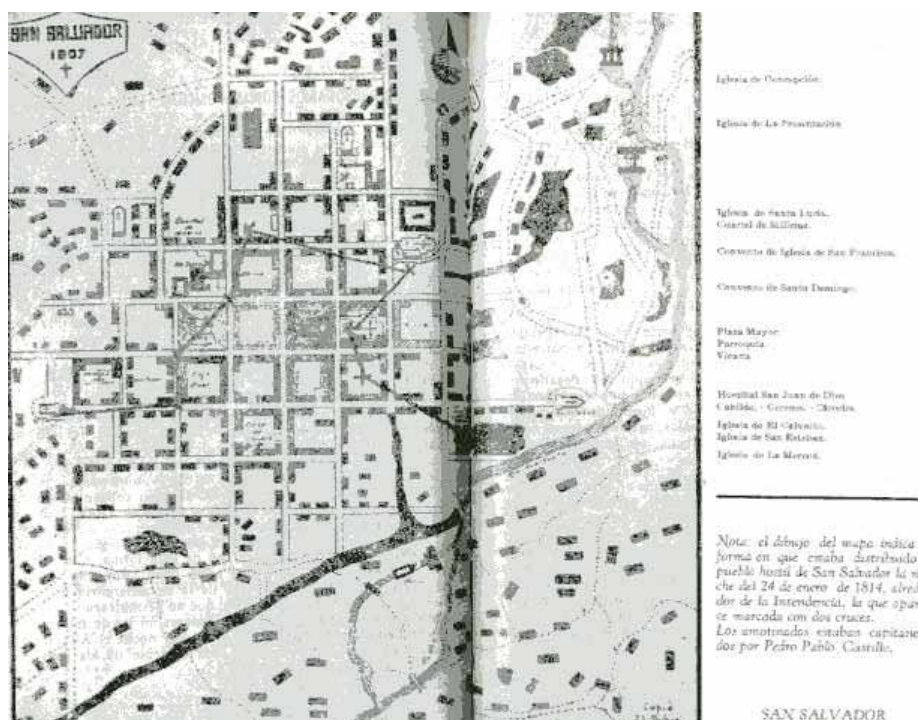
Meléndez Chaverri, Carlos. *Manuel José Arce. Una vida al servicio de la libertad*. San Salvador, Editorial Delgado, 2000

Hawkins, Timothy. *José Bustamante and Central American Independence: Colonial Administration in Age of Imperial Crisis*. Tuscaloosa, U. of Alabama P., 2004.

Dym, Jordana. *From Sovereign Villages to Nacional States. City, State, and Federation in Central America, 1759-1839*. Albuquerque, UNM Press, 2006.

IX. ILUSTRACIÓN

Mapa de San Salvador en 1807. Archivo General de la Nación, Fondo Tomás Fidias Jiménez, Caja 20. Durán, 1961.



RÍOS DE ORO Y RÍOS DE SANGRE

EL LEGADO DE LA INDEPENDENCIA SALVADOREÑA SEGÚN MASFERRER

(Seguido de Ensayo sobre el desenvolvimiento político de El Salvador
(1901) de Alberto Masferrer)

Las ideas (libertad) para convertirse en hechos (independencia)
han de estar en proporción de los hombres (prócer) llamados a realizarlas;
(de otra manera los) ríos de oro (desembocan en los) ríos de sangre. AM
(1898)

Olvidamos el hecho [...] todo el pasado. AM (1901)

Años antes de que la intelectualidad salvadoreña se divida entre un fervor cívico por el centenario de la independencia y una denuncia pacifista por las masacres post-independentistas, Alberto Masferrer (1868-1932) escribe *Ensayo sobre el desenvolvimiento político de El Salvador* (San Salvador: Imprenta La República No. 37, 1901/Clásicos Roxsil, 1996. La segunda edición incluye “Carta abierta al Dr. Rubén Rivera” (1898)). Pese a su carácter entusiástico inicial —“nuestra independencia [...] fue para nosotros un bien”— el maestro censura la emancipación por “la fase política” que provoca una “marejada de sangre”.

Si resulta ilusorio identificar la autonomía política con la libertad, ¡cuánto más triste no le resulta comprobar que la vida soberana comience “como una guerra de conquista”! “Son cosas muy distinta la libertad y la independencia [la cual se realiza como] lluvia de sangre”. Como idealista radical, Masferrer sabe que la idea abstracta (la libertad) no se identifica con una realización particular en la realidad histórica (la independencia centroamericana).

El ensayo rastrea la accidentada evolución que conduce de la colonia española a la federación centroamericana, para desembocar en la república salvadoreña independiente de inicios del siglo XX. El trayecto de ese *progreso* recorre “ríos de oro y ríos de sangre” por los cuales “los que antes fueran hermanos” —las diversas regiones centroamericanas— acaban en “odios

crecidos”, “desconfianzas erizadas”, “humillaciones” y “venganzas”.

Estas inevitables manchas humanas sobre las ideas abstractas —democracia, libertad, república, etc.— hacen de todo proyecto de unión, utopías de un grupúsculo de “soñadores” cuya “locura se paga con el trabajo y con la sangre”. Naveguemos por esos “ríos” conflictivos, paralelos y complementarios, para descubrir la visión masferreriana de la independencia y su doble legado controvertido: caudal de riqueza y flujo de víctimas.

I. CENTRO AMÉRICA

El antiguo Reino de Guatemala decreta un modelo político ajeno a su historia. Siguiendo la “moda [de] imitar”, adopta un gobierno federativo al “ejemplo de los Estados Unidos”. Los próceres ignoran el peso de la historia, ya que creen factible que un régimen foráneo tal se vuelva continuador inmediato “de la vida colonial, unitaria en la monarquía”. No obstante, “el hecho monárquico” se arraiga en “la herencia del indio” y en la “herencia de España” que constituyen el doble legado histórico más importante del istmo.

Por esta solvencia cultural, existe un acuerdo generalizado entre los diversos estratos sociales por prolongar la colonia española en la práctica política. El poder no sólo se reproduce por la imposición y por la fuerza armada. Brota de un pacto de mando y obediencia entre los de “arriba” y los de “abajo”. A quienes anhelan el “poder absoluto” los refrenda el pueblo que se acostumbra a “obedecer sin restricciones”.

“Para mantener ese” convenio ancestral, hay dos instituciones medulares que de la colonia permanecen incólumes luego de la independencia: “la milicia y el clero”. Ambas se recrean en menoscabo de la república. Si para las armas la emancipación política significa “abstracción” intelectual ante su “instinto de fuerza” guerrera, para “el sacerdote” implica la pérdida de “sus prerrogativas”. A este doble obstáculo institucional se añaden “las tendencias separatistas”. Esta corriente que disgrega la antigua unidad colonial en cinco repúblicas no sólo debe juzgarse por su carácter segregacionista.

De la unidad colonial primordial se crean cinco repúblicas minúsculas. Con justo derecho, el separatismo reclama “la absoluta igualdad” ante

la “supremacía” de Guatemala. Como capital colonial, ahí se asienta “la nobleza y el alto clero, la morada de los militares más influyentes”. Casi todo lo que tiende a la conservación de los valores coloniales y de “la tradición ultramontana” proviene de Guatemala.

Por este conservadurismo, a Masferrer no le extraña que la nueva federación se incline hacia la disolución violenta y rápida. “La espada de Morazán (1792-1842) fue [...] la batería eléctrica” que lucha por mantener “la unión [republicana] por la fuerza”. Sus discípulos continúan los medios guerreros para “buscar el poder [y] realizar la unión”. Pero, de hecho, la unión ya está muerta y ninguna acción beligerante la resucitaría de su estado agónico.

Los ideales *platónicos* intentan realizarse en la práctica histórica por la violencia destructiva. Aun si el maestro califica a ese período de “hermoso tiempo aquel”, lo desacredita por su opción militarista. Paradójicamente, el guatemalteco Justo Rufino Barrios (1835-1885) se convierte en el último baluarte castrense de ese espíritu unionista. Durante su presidencia se invierten los papeles tradicionales que hacen de El Salvador el paladín de la unión republicana y de Guatemala el centro conservador. Ninguna iniciativa por esa “idea de unión” cuaja en un proyecto definitivo, menos aún, logra evitar que “los hermanos” degeneren en la violencia fratricida. De ahí que antes de toda “unión”, al presente Masferrer propone “la aproximación primero”. Habría que transferir la guerra en instituciones regionales de intereses comunes.

II. EL SALVADOR

La voluntad política de El Salvador la fecha de 1898, luego de “la ruptura del Pacto de Amapala (1895) que lo liga a Honduras y Nicaragua. Los “elementos” constitutivos siguen siendo “el clero, adverso o enemigo, según” la actitud del gobernante ante “la iglesia”, “el ejército” cuyo poder se ensancha “en las luchas morazánicas” y “el pueblo” sumiso “a la voluntad del mandatario”. Por astucia de la historia, “la idea de unión” engendra su antónimo, el militarismo como vía de imposición de regímenes tiránicos.

En esta trilogía que le otorga el poder al mandatario supremo —ejército, clero y pueblo— Masferrer observa la incesante continuidad del estado colonial. Al presidente en turno se le dota de “casi los poderes de un rey”. No hay

ruptura de la monarquía absolutista a la presunta democracia electoral. Hay una prolongación que se extiende en la práctica cotidiana, en una realidad en bruto, reacia a someterse a toda ley jurídica abstracta. “Lo que no quiso sancionarse en las leyes escritas, existió en la realidad”. El Salvador nace de una tajante “oposición entre los hechos y las instituciones escritas”, entre las palabras que decretan el orden utópico y el caos factual de la vida misma.

“El poder hipócrita y el pueblo farsante” trabajan en un consorcio para “erigir la mentira en sistema de gobierno”. Ni siquiera “la alternabilidad” en el poder soluciona la discrepancia entre el dicho legal y el hecho histórico. En esta escisión se inaugura la “faz revolucionaria de nuestra historia” la cual, para Masferrer, prosigue la primacía de la opción guerrera y “la orgía de sangre”. Las ideas y doctrinas se imponen por “la tiranía” armada, sea liberal o conservadora. No importa la opción partidista. Los hermanos enemigos se reúnen en la práctica conjunta de la violencia. El resultado de la revolución se llama “militarismo”, que realiza “periódicamente por las armas el cambio de gobierno” hacia uno u otro lado del espectro político.

Esta destreza de matones produce “trastornos de la administración pública”. Cada nuevo gobierno recomienza de cero. “En 1894, al pasar la revolución, no quedaba en el país nada que pareciera escuela [...] En 1890, los soldados de Rivas o los de Ezeta destruyeron, por antojo, el laboratorio de química de la Universidad”. La revolución continua obliga al “empréstito”, a la deuda pública, a la “ingobernabilidad”, y a la mortandad. Un diez por ciento (10 %) de la población total del país “perece” o queda “inútil” por los “sueños” militares revolucionarios. Ante tal descalabro demográfico, “es preciso cerrar la era de las revoluciones” para sustituir “los gobiernos de partido” por “los gobiernos de administración”. Los “estadistas” prudentes deben reemplazar a los “Quijotes” armados.

El descalabro poblacional que provocan las guerras post-independentistas lo verifica Alejandro Dagoberto Marroquín en su estudio de caso para el municipio de Panchimalco (1959: 97-98). El antropólogo contradice tesis en boga relativas a «la famosa “consunción”» de “la población indígena [...] causada por la política de los españoles a raíz de la conquista” (Marroquín, 1959: 97). Las cifras de finales de la época colonial demuestran que “no hubo ningún déficit” poblacional hacia el final de ese período (Marroquín, 1959: 97).

En cambio, el declive estadístico sólo lo documenta para el período que abarca de 1807 a 1860. Esta reducción demográfica la explica “el reclutamiento forzoso de la mayoría de los jóvenes [indígenas] en edad militar [cuyo] destino era servir de carne de cañón [...] en las guerras fratricidas [lo cual] nos lo confirma la tradición [oral de] los ancianos del pueblo” (Marroquín, 1959: 98). En El Salvador, la violenta vida independiente —“las guerras intestinas que abundaron tanto durante el siglo XIX”— ocasiona una disminución demográfica indígena más adversa que la provocada por la colonia (Marroquín, 1959: 98).

Ante ese caos belicista y dictatorial, la única salida viable Masferrer la vislumbra en la educación. La distancia que media entre el ramo militar y el educativo semeja al que describe una década después José E. Suay en *La organización económica* (1911: 7). La disparidad entre “20.3% que absorbe al Cartera de Guerra y Marina” contra el “5.65% de la Cartera de Instrucción Pública” requiere construir un “equilibrio económico” en tiempos de paz.

De proseguir esta vocación de “pueblos revoltosos” que le concede a “la guerra y a la holganza lo que se debe al trabajo”, el vaticinio de Masferrer es claro y de gran actualidad. Los “pueblos revoltosos” como El Salvador “serán los primeros” en ser “arrollados [por] la política expansionista de” Estados Unidos debido a su economía endeble y falta de instrucción. El legado revolucionario salvadoreño se traduce en su absorción política y financiera por la potencia de mayor “vigor e intensidad” en los eventos internacionales. Al maestro sólo le faltaría hablar de la inmigración hacia el norte para completar el panorama actual.

[Nótese el despegue del anti-imperialismo estadounidense en Masferrer, el cual no se identifica con el de la izquierda de los veinte-treinta ni con la actual, ya que defiende la política de Nicolás II [1868-1918] a quien destituye la revolución rusa.

Asimismo, Masferrer alaba los beneficios de la “influencia invasora de la cultura exterior”, la técnica moderna, la cual “suaviza” la tradición política salvadoreña tan aficionada a la tiranía militarista].

III. TÉRMINO

El escrito de Masferrer no resulta un ensayo aislado. Pertenece a un grupo de estudios que, durante las primeras décadas del siglo XX, reflexiona sobre el legado violento que construye las repúblicas independientes. Junto a los fundadores del Ateneo de El Salvador —José Dols Corpeño y Abraham Ramírez Peña, entre otros— Masferrer no reduce el quehacer intelectual a la creación de un panteón cívico. Más allá de toda religión laica y republicana, al maestro se le impone una *ética* de la historia.

A esta norma intelectual no sólo le compete la exaltación magistral de las figuras que fundan la patria salvadoreña. Le corresponde revelar un legado de discrepancias agresivas que mancilla en la práctica política los ideales abstractos. Si las ideas absolutas que mueven la historia centroamericana y salvadoreña se resumen en la “idea unionista”, “tendencia separatista”, “ideas liberales y las ultramontanas”, “el hecho monárquico y la idea democrática”, “el ideal autonomista”, “los gobiernos de partidos convirtiéndose en gobiernos de administración” y “la tiranía suavizándose por la influencia de la cultura”, “nuestro desenvolvimiento político” concreto (con)funde todos los arquetipos ejemplares bajo el ejercicio de la violencia generalizada. La coerción —que por la fuerza bruta impone los ideales más nobles— rebaja los valores filosóficos a una caricatura de su objetivo utópico.

Pese a su advertencia, hasta el presente prevalece una visión única, *militarista y cívica* de la historia, que oculta toda perspectiva pacifista de los mismos hechos. Las víctimas quedan enterradas y sin más memoria que el polvo arrastrándolas al silencio. En aras de *imaginar una nación* salvadoreña desde sus inicios gloriosos, se olvidan las acciones históricas que, “por las impurezas del elemento humano”, contaminan de violencia desenfrenada toda “idea [al] exteriorizarse” en hechos atroces.

El recuerdo de las guerras y de las matanzas se acalla para celebrar “el octogésimo aniversario de nuestra independencia” y, quizás al presente, el bicentenario del primer grito (1811). Masferrer constituye un pionero de las ideas pacifistas en El Salvador. Antes de festejar el pasado y los orígenes nacionales, recapacita sobre la recursividad de la violencia en la manifestación histórica de la idea de libertad en Centro América. Junto al “bien” que provoca la independencia, “*ríos de oro*”, fluye una corriente paralela y complementaria que muchos ignoran. “*Ríos de sangre...*”.

ENSAYO SOBRE EL DESARROLLO POLÍTICO DE EL SALVADOR – ALBERTO MASFERRER

I.

Sería la mejor celebración de nuestra independencia evidenciar que fue para nosotros un bien; una conquista merecida y bien aprovechada.

Como un bien la estima la generalidad, salvo cuando se trata de su fase política; que entonces, despechos, tristezas, desalientos y otros afectos se concentran en esta frase: ¿por qué hablar de independencia si no existe?, ¿cuál es la libertad que gozamos?

Sobre que son cosas muy distintas la libertad y la independencia —puesto que ésta consiste únicamente en que un pueblo no dependa de otro— no hay razón, nos parece, para renegar de nuestra vida de pueblo emancipado.

Verdad es que algunas colonias inglesas están mejor constituidas que ciertas repúblicas de América; mas si nos comparamos con las colonias de otros pueblos, no son, ni lo fueron jamás, objetos dignos de nuestra envidia.

Ser libres, alcanzar esa suma de libertades tan armoniosa y tan completa que hace de cada ciudadano un rey en su hogar, sin más señor en el estado que la ley, no es ciertamente el fruto de unos cuantos lustros; es la paciente labor de muchos siglos. Para lograr esa libertad los pueblos de Europa han bregado mil años, y todavía son contados los que la disfrutan entera.

Así, la emancipación no debe mirarse sino como un camino hacia la libertad.

¿Qué parte de ese camino hemos recorrido nosotros?

II.

Apenas declarada la independencia surge en los emancipadores la idea de una confederación. (1) Sugérase tal proyecto el ejemplo de los Estados

Unidos, a quien entonces era moda imitar, y se los presentaba como lógico y hacedero, el pensamiento que la forma confederativa sería, en la república, la natural continuación de la vida colonial unitaria en la monarquía.

Aquellos hombres generosos, más soñadores que estadistas, se dieron entonces a imaginar paraísos, y creyeron que bastaba el deseo para que sus figuraciones endémicas se cristalizaran mediante leyes escritas.

Haciendo a un lado el hecho monárquico —herencia del indio, que no conoció jamás otra forma de gobierno; herencia de España, en quien la monarquía era casi teocrática— organizaron una república; y como la confederación era una novedad seductora para sus cerebros de especuladores, organizaron una confederación.

Como aquellos sueños se desvanecieron, lo sabemos. Arriba, en los mandatarios, la tendencia irresistible a manejarlo todo, a ingerirse con poder absoluto hasta en el pensamiento y en la conciencia. Abajo, en la masa, la costumbre —transmitida secularmente a través de la sangre de dos razas— de obedecer sin restricciones, de sujetar ideas, actos y sentimientos al poder de un hombre, para ellos un rey, aunque se llamara presidente o vice jefe; un verdadero monarca cuyo poder venía de Dios.

Para sostener ese poderío, ya casi ilimitado, estaban la milicia y el clero. Aquel soldado en el antiguo paladín, devotísimo de su señor y de su dama; despreciando al pechero, fiándole todo a los tajos de sus espada de dos manos, a los botes de su lanzón y a las resistencias de su escudo. Con otras armas y otro vestido, no ya bajo el dominio de un rey, pero siempre de un señor, allí estaba para sostener contra viento y marea la voz del jefe, la voluntad del amo, el antojo del señor, que concedía honores y ascensos.

Buscáramos en el alma de aquellos hombres de guerra ni una sola de las ideas que rigen la mente y la conducta de los ejércitos modernos: ese culto a la ley, ese respeto a la patria impersonal, esa abstención absoluta de la política militante, esa enclaustración en la disciplina y en la ordenanza.

No, aquel hombre de armas que sobre su escudo no ponía más que al rey, no era nada bueno para sostener abstracciones republicanas; su instinto era la fuerza, su inclinación y su interés servir a los fuertes.

El sacerdote, para quien república y herejía eran la misma cosa; creyendo que todo poder viene de Dios; horrorizado al recordar que la Revolución Francesa [1789] había proscrito el culto y derribado los altares, buscaría también por todos los medios, la restauración del poder absoluto, y ya que no fuera posible revenir hasta el trono, aceptaría el dominio estable de las dictaduras, dándoles su apoyo en cambio de la tranquilidad, del sosiego y de la conservación incólume de sus prerrogativas.

De este modo la república democrática y confederada tenía en su contra el pasado, los instintos, las costumbres, los intereses, las preocupaciones; en su favor no más que el cariño de unos pocos soñadores: una tímida aurora en lucha con la oscuridad cerrada y densa.

III.

Si sólo esos obstáculos impidieran la realización de aquel ensueño, tal vez las cinco provincias hubieran llegado, no a una confederación democrática, pero sí a una república unitaria y aristocrática, más monarquía que república, o a una dictadura militar, como la existente hoy en Méjico; de ahí tal vez hubieran surgido hábitos de orden y de trabajo, respeto al principio de autoridad, y prosperidades materiales, que fueran el camino de futuras transformaciones.

Pero un nuevo elemento apareció en seguida en forma de tendencias separatistas. Por debajo de los espíritus elevados y benévolos, estaban los suspicaces que exigían entrar en el pacto federal en condiciones de absoluta igualdad; querían alejar todo peligro de que Guatemala ejerciera ni la más leve supremacía sobre los demás estados; temían que con apariencias de federación subsistiera la Capitanía General: un organismo en que Guatemala sería el corazón y el cerebro; el antiguo reino de Guatemala, en fin.

Y como Guatemala era el asiento de la nobleza y del alto clero, la morada de los militares más influyentes, la ciudad más culta y más rica, esos temores no eran vanos ni eran tampoco inmotivadas las tendencias de Guatemala a gozar de aquella tan recelada hegemonía.

A las suspicacias de unos y a las exigencias de los otros, añadamos que era Guatemala el baluarte de las ideas conservadoras. El santuario de la tradición

ultramontana, y las provincias, focos nacientes de ideas liberales muy tímidas aún, mas no por eso menos atrevidas y escandalosas en el concepto de aquel tiempo.

Contra esas ideas, esos intereses, esas suspicacias, luchó incesantemente la federación, nunca sólida, nunca bien constituida, rota por un lado, apenas recompuesta por otro. La espada de Morazán fue para ella como una batería eléctrica para un cadáver: a cada contacto parece revivir; en realidad, siempre está muerta.

IV

Después de Morazán [1792-1842], sus discípulos llenan una gran parte de nuestra historia con la persecución de la misma idea servida por iguales medios: la unión por la fuerza.

Alianzas, dictaduras, guerras de estado a estado, derrocamiento de gobernantes, no tienen otro origen. Cualquiera de esos acontecimientos que se examine, siempre se hallará esto: uno o varios fieles de Morazán que buscan el poder, la fuerza para realizar la unión. Este es siempre el móvil de aquellas gentes, en parte siquiera. De cierto, en el alma de Máximo Jerez [1818-1881, presidente liberal de Nicaragua], tan cándida como valerosa, brilló más de una vez ese pensamiento, ocultando con sus esplendores los nubarrones de la invasión de Walker [1824-1860, invasor de Nicaragua].

Hermoso tiempo aquel, de la lucha por una grande idea: fecundo en errores y en heroísmos; hermosos hasta en sus faltas; sembrado de admirables episodios y de luminosos contrastes; época legendaria que prestará un día asuntos al drama y a la novela históricos, y que servirá siempre como de levadura espiritual a nuestras pequeñeces y oscuridades.

V

Sin duda, el escollo que rompió a Morazán era demasiado rígido para que en él no se estrellaran sus adeptos. Sus fracasos fueron otras tantas victorias del separatismo; y así, mientras morían poco a poco las esperanzas de la reconstrucción, formábanse en distintos moldes los estados; adquirirían formas

características y determinadas; convertíanse en pueblos, con intereses diferentes y hasta con diversas tendencias.

Así, llega un momento en que Carrera [1814-1865] se llama “Fundador de la República de Guatemala”; Gerardo Barrios [1813-1865] desaparece de la escena, y la estrella de Morazán, que todavía alumbraba en nuestro horizonte, parece extinguida para siempre.

Más tarde, cuando —en virtud de ese poderoso instinto vital que tienen las ideas lo mismo que las cosas, y que se manifiesta siempre en reacciones— Rufino Barrios [1835-1885] alzó el estandarte de la unión por la fuerza, fue El Salvador quien echó la última palada de tierra en el sepulcro de esa idea.

¡Cosa extraña, Guatemala recogiendo la palabra de Morazán y El Salvador ahogándola!

Así fue, sin embargo, y así debía ser conforme la lógica de la historia. Porque no pudiendo las ideas exteriorizarse sin que todas las impurezas del elemento humano las deformen y las manchen, aquellas luchas por la unión habían cavado abismos entre los pueblos; ríos de oro y ríos de sangre habían corrido entre los que antes fueran hermanos: los odios crecidos, hasta desbordarse, los egoísmos lastimados hondamente; las desconfianzas erizadas, y por sobre todo, el recuerdo de las humillaciones, el deseo de la venganza y del desquite, hacían ineficaz la acción de la fuerza para amasar sustancias tan heterogéneas.

Así, la nueva cruzada se presentó a los espíritus como una guerra de conquista, y el pueblo más devoto de Morazán enterró en Chalchualpa al último de sus fieles.

No más volverá a alzarse el caído estandarte: a la empresa de tremolarle, seguiría su abatimiento inmediato. Porque los tiempos han cambiado; porque estos pueblos han cambiado, y ha de cambiar, necesariamente, la forma de realización de aquella idea.

VI

Apenas fracasada la última tentativa de reconstrucción por la fuerza, algunos

espíritus generosos e impacientes creyeron e intentaron realizar la unión por medio de pactos entre gobiernos; efímera e infantil empresa que la Historia casi no ha tenido tempo de registrar. (2)

¡Fundir a meros convenios lo que Morazán no pudo juntar golpeando por doce años con su martillo de cíclope en el yunque de Vulcano; eliminar de la Historia con un protocolo la marejada de sangre que nos separaba...!

En verdad que los pueblos no son de cera.

Esa nueva forma unionista ha desaparecido también, barrida por el soplo más leve, para dar lugar a procedimientos más lógicos y más eficaces.

Después de tantos esfuerzos sin fruto llega para nosotros con los albores del siglo vigésimo, la verdadera, la única forma posible de verificar la grande aspiración de ser unos: la aproximación primero, al unión después.

En esta nueva cruzada fraternal y pacífica, ocupa El Salvador el puesto que le corresponde. Si en nuestra edad heroica fue pródigo de su sangre, si su corazón no dejó nunca de palpar por aquel evangelio, será también ahora el primero en las fraternidades, el primero en los acercamientos de la convicción y del cariño; el primero en la benevolencia para olvidar discordias; el primero en la noble impaciencia de fundir tendencias e intereses.

Congresos jurídicos, congresos de estudiantes, congresos de maestros, congresos de periodistas; unificación de las leyes de enseñanza, de las monedas, de las tarifas; carriles que crucen las fronteras y nos amarren con cadenas de hierro; cuantos medios conduzcan a la comunión espiritual y material: he ahí la senda segura que estamos recorriendo ya, y en cuyo término nos aguardan las sombras de Morazán y de sus héroes.

Por lo que toca a este país esa es su voluntad manifiesta. Acato explícito de esa voluntad suya fue la evolución política de 1898, cuya consecuencia inmediata fue la ruptura del Pacto de Amapala [entre Honduras, Nicaragua y El Salvador, junio de 1895], y cuyos resultados posteriores han sido entrar francamente en este derrotero de preparar la unión por medio de la aproximación.

Los hombres escogidos para iniciar este nuevo sistema, interpretan legítima y exactamente su espíritu. El Congreso Jurídico promovido y realizado aquí recientemente, fecundo como ninguno en vínculos de fraternidad centroamericana, ha evidenciado la fidelidad de nuestro gobernante y de sus colaboradores al pensamiento de la nación, y ha traído la certeza de que no se apartarán en nada, de lo que exigen las nuevas ideas.

VII

A grandes rasgos hemos procurado señalar el desarrollo de la idea unionista y sus transformaciones hasta la época presente. Ensayemos ahora el análisis de nuestra vida interna.

Los primeros gobernantes de El Salvador, a contar de la ruptura definitiva del pacto federal, halláronse rodeados de los siguientes elementos:

El clero, adverso o amigo, según que las ideas del gobernante fueran adversas o favorables a la supremacía de la iglesia sobre el estado.

El ejército preponderando en la nación, porque venía de jugar el papel principal en las luchas morazánicas; un gremio valiosísimo como apoyo y temible como enemigo; aspirando cada vez más a desempeñar el primer puesto.

Algunos hombres de principios, empapados en la democracia pura, y que no veían nada que no fueran sus ilusiones políticas.

En fin el pueblo, es decir, casi todo el país, dispuesto a someter a la voluntad del mandatario la resolución de todos los asuntos, hasta de los esencialmente privados y personales.

Eran, pues, los mismos factores que encontramos al nacer la federación, unos intactos, otros más acentuados y definidos.

A más de estos, la constitución escrita que reviste al mandatario con facultades excesivas, y que le hace único responsable del poder ejecutivo.

De tal manera, que no sólo el alma de las razas que forman estos pueblos,

la herencia de los siglos, las costumbres, todos los factores internos, colaboraban el hecho monárquico, sino que el error de los teóricos venía también a dar al presidente de la república, casi los poderes de un rey.

Esta vez, como antes, el espíritu de novedad nos hizo tomar por modelo a los Estados Unidos; como si en algo nos asemejáramos a ese pueblo.

Lo mismo que los próceres de la independencia, olvidamos el hecho monárquico, es decir todo el pasado. Ese hecho pesaba, sin embargo, en nuestra historia, como un monte.

Y como no se pueden suprimir los hechos, lo que no quiso sancionarse en las leyes escritas, existió sin embargo en la realidad, y las sedicentas repúblicas fueron monarquías electivas, donde los electores armados ejercieron sus funciones sangrientamente. (3)

VIII

Esta oposición entre los hechos y las instituciones escritas fue fatal.

Sus frutos fueron erigir la mentira en sistema de gobierno. De un lado, el poder, procurando siempre guardar las apariencias; de otro, el pueblo,, contentándose siempre con que las apariencias se guardaran. En último resultado, la tiranía hipócrita y el pueblo farsante.

Todos los intereses e ideas que tienen como fin la perpetuidad del poder —y en este caso eran la mayoría de los intereses, y sobre todo de los instintos— contrariados y combativos por la fórmula escrita, por la organización ficticia de nuestra Carta, buscaron un medio de vida y de triunfo, y creyeron encontrarlo en la reelección.

Todos los que, ciegos sobre el verdadero origen de nuestros males, aspiraban al gobierno modelo que se había imaginado, pensaron a su vez que todo se salvaba estableciendo la alternabilidad.

Cada letra de esas palabras nos han costado una lluvia de sangre.

Una, sin embargo, la reelección, significaba un hecho, un cúmulo de hechos,

una condensación de muchas y distintas fuerzas. La otra era no más un expediente buscado para extirpar lo que tenía sus raíces en las almas y en los siglos. Pues, en verdad, si los gobiernos, como hemos procurado demostrarlo, tendían siempre al despotismo porque todos los factores sociales estaban inficionados de virus monárquico, con la alternabilidad no se lograba sino cambiar de déspotas: tener en un período de tiempo, en vez de un tirano, una dinastía de tiranos.

Cada vez más fuerte la lucha de la doctrina con el hecho, éste se hizo bárbaro y aquella pueril; del primero salieron crueldades y salvajismos; de la otra brotaron más y más expedientes, trabas en la constitución escrita, mallas sutiles, tejidas con la más rara suspicacia, que, en vez de suavizar el despotismo no lograban sino exasperarlo y volverlo disimulado y artero.

No de otro modo se explica el extraño fenómeno que han presenciado estos pueblos donde con los códigos más amplios en libertades han coexistido los gobiernos más absolutos.

Extremando las cosas los partidarios de la alternabilidad llegaron a pensar que hasta el período de mando era asunto de capital importancia, y lo fijaron recelosamente ya en dos, ya en seis, ya en cuatro años. Se adivina como los partidos hicieron punto de su credo político unos la reducción y otros la ampliación del período presidencial; de modo que el primer cuidado de los que triunfaban en las revoluciones, fue, por una reforma de la Carta, reducir o alargar ese tiempo.

¿Cómo no se les ocurría que esos no eran sino accidentes que en nada alteraban la esencia de las cosas?

Para un mal gobierno, un año es demasiado, para uno bueno, cuatro años es poco; para uno excelente, todo plazo es corto.

IX

Esta discordia, cada vez más honda, entre la aspiración y el hecho, explica la faz revolucionaria de nuestra historia.

Pero hay otros factores que afirman los tonos del cuadro. Otros elementos

discordantes entre sí desde los primeros días de la emancipación, vinieron a tomar puesto en el combate.

Las ideas liberales y las ideas conservadoras luchaban a su vez, y en el deseo desmedido del triunfo, procuraron tener de su parte al poder. De ahí los gobiernos de partido, alternativamente liberales o conservadores, imponiendo con todas sus fuerzas las doctrinas de su agrado. Un gobernante liberal, significaba el imperio casi absoluto del liberalismo; un conservador, el reinado de la tradición.

Error lamentable. Porque, acostumbrado el pueblo a cambiar de credo, en la apariencia siquiera, cuando cambiaba de amo, no podían arraigar realmente, ni unas ni otras ideas y resultó al cabo, volverse todos indiferentes, prontos a fingir lo que el gobernante quisiera. Al fin y a la postre, no sólo no hubo partidos verdaderos, es decir, organizados, sino que los elementos confusos de cada uno, convirtiéronse en elementos de tiranía.

El gobernante, poderoso ya con exceso, alcanzó así a influir en las conciencias. Algo muy semejante a los tiempos en que Inglaterra cambiaba de credo religioso según que el rey se llamaba Enrique Octavo o María Tudor.

Cómo, con tantos y tan grandes motivos de absolutismo, no llegamos a tener reyes del Asia en vez de dictadores más o menos duros, es cosa que se atribuiría a milagro, si no supiéramos que las ideas son de una maravillosa e incontrastable fuerza. Las ideas reinantes, el soplo de libertad y de tolerancia de la Revolución Francesa, refrescando suavemente el alma de los pueblos y de sus gobiernos, iba civilizando a unos y a otros, y contrarrestó las exasperaciones del poder absoluto [resulta paradójico defender la revolución francesa, a la vez que se exige “cerrar la era de las revoluciones”].

Fenómeno es éste que merece detenido estudio, porque es una consoladora lección para los pueblos; porque les lleva la certeza de que pueden alcanzar la cultura y la libertad, sin necesidad de la orgía de sangre de las revoluciones.

Vemos así, en efecto, que en Rusia el Czar de hoy, con el mismo absoluto poder de Iván el Terrible y de Pedro el Grande, es sin embargo, un hombre humano, culto, de espíritu amplio, muy lejos de sus predecesores. Ciertamente Nicolás II [1868-1918] es todavía dueño de vidas y haciendas, y jefe de la religión;

señor de los cuerpos y de las almas. Pero en vez de cortar las cabezas con sus propias manos como Pedro el Grande, suprime la deportación a Siberia e inicia la Conferencia Internacional de la Paz [en La Haya, 1899, uno de los primeros estatutos formales sobre las leyes y crímenes de la guerra]. Ese hombre es el amigo de Tolstoi [1828-1910], el escritor que más y mejor representa el provenir de Europa.

Por esa ley de evolución, nosotros que pudimos caer en la más completa barbarie, somos un pueblo semiculto, un pueblo que progresa. Y a pesar de la lucha encarnizada que pudo tornarnos en fieras incorregibles, nos humanizamos. Ya no veremos un tirano que en sus momentos de ebriedad mane a fusilar a sus mejores amigos, para buscarles, apresurado, cuando despierte de su locura de aguardiente. Ni veremos que este pueblo se venga, mostrando en una jaula herrumbada por el aire y la sangre la cabeza fatídica de aquel extraño déspota.

Esta ley de evolución, civilizándonos pausada pero seguramente, mientras la revuelta nos barbarizaba; esta marcha simultánea de dos sistemas, trayendo uno la cultura, el orden, el trabajo, y el otro el desorden, la rusticidad y la ferocidad, son la última faz de nuestro desarrollo como entidad política.

X

Real y verdaderamente, la revolución no nos ha traído sino males.

Realizando periódicamente por las armas el cambio de gobierno, creó por fuerza, toda clase de prerrogativas para las gentes de la espada, hasta el punto de poner en sus manos los destinos de la nación. Así nos dio el militarismo.

Necesitándose grandes sumas de dinero —para derrocar al gobierno por una parte— —para sostener al gobierno por otra— trajo la costumbre de los empréstitos forzosos, que han hecho imposible el trabajo y casi destruido la propiedad.

Necesitando de secuaces, echó mano de cuantos se aprestaban a servirla, adquirió compromisos, y abrió el camino del poder, muchas veces, a hombres que jamás hubieran influido en la política de un país bien organizado; y como

natural compensación, rechazó a los hombres buenos, retrayéndolos de la vida pública.

Originando cada vez un profundo trastorno en la administración pública, sucedió que cada gobierno surgido de las armas se encontró obligado a rehacerlo todo; la tela de Penélope, tejida y destejida para cada revuelta, sólo que ahora los hilos fueron de trabajo y de sangre. (4)

Queriendo la revolución triunfar, y el gobierno sostenerse, buscaron uno y otra la intervención de los gobiernos vecinos; malhadada política que ascendió más el odio entre pueblos hermanos, y nos puso varias veces bajo la dependencia de los extraños.

Repitiéndose, en fin, el escándalo con harta frecuencia, adquirimos entre los pueblos fuertes, el concepto de ingobernables, buenos sólo para explotarse, en tanto llega la hora de repartírselos.

Descrédito, sujeción, miseria, desorden, ferocidad, atraso y tiranía, esos son, esos han sido para nosotros los frutos de las revoluciones.

Cien mil personas, cuando menos, han perecido o se han inutilizado para el trabajo en nuestras revueltas y en nuestras guerras internacionales, ¡Cien mil personas, en un país que apenas alanza un millón de habitantes!

¿Y para qué? ¿Qué Revolución Francesa hemos hecho? ¿Qué Carta Magna hemos alcanzado? ¿Qué unidad de Italia hemos forjado? ¿Qué guerra de los boers [1880-1881; 1899-1902], qué empresa grande, en fin, se llevó la sangre de esos millares de hombres y el trabajo de medio siglo?

Aventuras, que no tienen ni el brillo de las cosas grandes ni la fuerte serenidad de las cosas útiles.

Aventuras donde no hubo más que la intención, el buen deseo, y de las cuales una historia harto benévola, juzga con el criterio de que las intenciones bastan.

Pues bien, en política las intenciones no bastan. En política, Don Quijote ha de aparecer con mucha discreción, y nunca separado de su escudero Sancho; porque los intereses que se juegan son sagrados, y porque cada locura se

paga con el trabajo y con la sangre.

Esta es, precisamente, según Víctor Hugo, la lección que dio Cervantes a los pueblos: piensa en tu pellejo: es decir, piensa en que tu trabajo y tu vida no deben jugarse al azar y por el empeño de fantasmagorías, sino para lograr cuando haya probabilidades bastantes, conquistar progresos ciertos y duraderos.

Que los soñadores cedan su puesto a los estadistas. Y estadistas son, no los hombres que tuvieron buenos deseos, buenas intenciones, sino los hombres que hicieron, los que saben traducir sus ideas en hechos y darles a estos vida intensa y durable.

XI

Nuestros adelantos; lo que de verdad y con permanencia tenemos ya se civilización, ¿a qué lo debemos?

A la evolución, a la influencia invasora de la cultura exterior, que en este siglo dispone de maravillosos medios de propaganda.

Las ideas vuelan en nuestros tiempos: van en el soplo de las tempestades, en las aguas de los ríos, en las alas de los cóndores y de las águilas, en la ola que corre de orilla a orilla del océano. La electricidad es hoy el mensajero del pensamiento; el batir de sus alas refresca las frentes más oscuras, y su beso de luz alumbra el alma de los pueblos más remotos.

En pocos años el Japón, sin revueltas, se convierte en un pueblo de Europa; en pocos años, sin revueltas, los Czares se han tornado en hombres, y la Rusia en un pueblo de intelectuales; en pocos años, Méjico, sin revueltas se ha puesto a la par de los dos pueblos más avanzados de la América hispana [por su fe en la evolución pacífica y técnica, el ensayo no predice las dos primeras revoluciones del siglo: la mexicana (1910) y la rusa (1917)].

La paz, el orden, el trabajo, han hecho esos milagros.

Nosotros, ya lo dijimos, por virtud de la evolución y a pesar de las revueltas, marchamos también.

Son los hombres de letras, son los hombres de ciencia, son los labradores de la tierra y los empresarios de la industria y del comercio, son los maestros, son esos mismos dictadores, influidos por las ideas, los autores de nuestro progreso.

Ellos también han contribuido. El pueblo, que lo comprende así, rectifica constantemente sus juicios respecto a esos hombres a quienes, en ciertos momentos, ha cubierto con su abominación. Un dictador, el más francamente dictador entre todos, es ahora recordado y venerado por este pueblo; otro, muy odiado en su tiempo y mejor comprendido [Francisco Dueñas, 26/ octubre/1863-15/abril/1871], es quien nos dio un teatro, el palacio nacional [1866-1870], el primer parque, la biblioteca pública y el telégrafo.

Así de los demás, la conciencia pública irá rectificando, y la historia serena que todavía no es tiempo de escribir, dará a cada uno lo que es suyo; descartando lo que fue culpa de los tiempos y mostrará a cada gobernante, en su exacta figura, con sus propias manchas y con sus propias luces.

La tiranía, dice Víctor Hugo, no son los hombres; son las cosas.

“Los tiranos son la frontera, las costumbres, la rutina, la ceguera en forma de fanatismo, la sordera y el mutismo, en forma de diversidad de lenguas; la disputa en forma de diversidad de peso, medida y moneda, el odio resultando de la disputa, y la guerra, resultando del odio. Toda esta clase de tiranos tienen un solo nombre: Separación”.

Por sobre todo, la ignorancia: cuando nosotros hayamos enseñado y *habituado a leer*, siquiera a los dos tercios de nuestro pueblo, habremos hecho cien veces más que todas las revoluciones.

En resumen: lo que nos atrasa y acabaría por matarnos, son las revoluciones; lo que nos salvaría, son la paz, el trabajo y el orden.

Es preciso cerrar la era de las revoluciones.

XII

A la hora en que estamos, es ya visible la transformación evolutiva de nuestra

existencia política.

La idea unionista, alcanzando su más lógica forma, no es ya motivo de odios ni desconfianzas. Abandonando su manto de púrpura, se viste con el blanco ropaje de la paz y busca su realización unificando los espíritus y fundiendo los intereses.

Las aspiraciones autonomistas, ideal carísimo a los salvadoreños, han alcanzado ya la última victoria: tres gobiernos se han sucedido sin la más leve intervención extraña, y la no es creíble que reaparezca ese pernicioso elemento que tanto nos ha costado eliminar.

Las ideas liberales y conservadoras, luchan en campo ajeno a la influencia oficial, con amplitud y tolerancia; las conquistan que realizan, se deben al esfuerzo propio, y tienen por consiguiente, vida más duradera.

Los odios internacionales se menguan visiblemente: once años llevamos de paz entera y franca con nuestros vecinos, y todo anuncia que este período, excepcional en nuestra historia, se prolongará por mucho tiempo [Carlo Ezeta (1890-1894, Rafael Antonio Gutiérrez (1894-1898), Tomás Regalado (1898-1903)].

A los gobiernos de partido suceden los gobiernos de administración: el que ahora nos rige [Regalado, 1901] ha sustituido especialmente, la idea política por la idea económica, y así como otros hicieron punto de sus programas el trabajar por liberales o conservadores, éste persigue como objetivo principal de sus labores, mejorar la hacienda pública, sostener el crédito no emitir papel moneda, y amortizar en cuanto se pueda la deuda interior.

Que los impacientes y los soñadores suspiren porque no vamos en hecho de libertades como Suiza o como la Inglaterra: nosotros, al hacer el recuento de nuestras jornadas, tomamos como punto de vista nuestro propio pasado; y tendemos desde ahí la vista para sondear el porvenir.

XIII

Ese porvenir ¿no encierra más amenazas y más peligros que los que ahora hemos arrostrado?

Los pueblos no existen aislados en el planeta. Por encima, o mejor dicho, sin contacto ninguno con los vínculos voluntarios de la diplomacia, existen vínculos irrompibles que atan a las naciones, haciéndolas participar fatalmente en el resultado de los sucesos que les son extraños. Así, hay entre ellas solidaridad evidente, benéfica unas veces, perjudicial otras, pero siempre más peligrosa para los más débiles.

Como en el océano la ola flexible y dócil lleva a todas partes la más leve presión ejercida en un punto cualquiera de la masa, así en la vida internacional corre la influencia de los sucesos de uno a otro extremo de la cadena. La ola que aquí no hizo sino mecer blandamente un grande barco, hace zozobrar más allá un esquife. Así lo que eleva y fortalece a un pueblo, va de rechazo a sumergir o debilitar a otro.

En el momento que corremos, esa fatal solidaridad es temible: la política colonial de Europa es una constante amenaza para los pueblos de otros continentes. La política expansionista de Norte América —que no depende, como piensan algunos del triunfo momentáneo de un partido, sino de que ese pueblo ha llegado al período de vigor y de intensidad en que toda fuerza se expande— es una tromba suspendida sobre nuestras cabezas.

Esta es la hora de la raza anglosajona; es también la hora de todos los elementos vivos de las razas germánicas.

La doctrina de esos pueblos es que las razas superiores han de extenderse y vivir a costa de las inferiores [nótese el efecto del darwinismo social para justificar la dominación política].

La aplicación de la doctrina, ya la hemos visto en Cuba, Puerto Rico, las Filipinas, El Transvaal y la China.

¿Quiénes serán las próximas víctimas? ¿Cómo puede evitarse el peligro? La cuestión es tan complicada como pavorosa. Nosotros no tenemos ni espacio ni capacidad para resolverla: Pero hay una cosa evidente: y es que los pueblos revoltosos, los que den a la guerra lo que deben al trabajo y al orden serán los primeros arrollados por esa tempestad.

La hora es solemne, el peligro cierto, las advertencias claras. ¡Ay de quien las desprecie!

RESUMEN:

La idea unionista, servida primero por la fuerza, luego por convenios entre mandatarios, y ahora por la espontánea aproximación de las ideas y de los intereses.

La tendencia separatista, sirviendo de obstáculo a la federación, convirtiendo las provincias en naciones.

Las ideas liberales y las ultramontanas, buscando y escalando el poder, como un medio de imponerse, y apartándose luego , paso a paso, de la influencia oficial, hacia un campo de lucha independiente.

El hecho monárquico y la idea democrática, luchando entre sí por construir la forma de gobierno, y resolviendo siempre sus luchas en crisis revolucionarias.

El ideal autonomista creciendo hasta establecer en la práctica el principio de no intervención, y dándonos así la paz con los estados vecinos.

Los gobiernos de partido, convirtiéndose lentamente en gobiernos de administración.

En fin, la tiranía, suavizándose por la influencia de la cultura exterior, por la fuerza expansiva de las ideas reinantes, y también por la evolución de las fuerzas internas.

Sean cuales fueren los aciertos o los extravíos de nuestro criterio al mostrar el engranaje y la acción de esos factores sociales, ellos son, nos parece, lo que explican nuestro desenvolvimiento político. Tomándolos como punto de vista, un historiador hábil sabría mostrar a plena luz el confuso cuadro de nuestra historia, y esa exhibición esparciría claridades bastantes para leer en el porvenir.

Nuestro ensayo aspira a insinuar un plan. Nada más.

NOTAS

(1)— En el capítulo II, donde dice confederación debe leerse federación.

(2)— Meses antes de que fracasara el pacto de Amapala, combatimos, en una carta abierta dirigida al doctor Rubén Rivera [28 de octubre de 1898], el sistema unionista que representaba a ese respecto no es nuevo.

(3)— Dicen que San Martín, tan grande capitán como Bolívar, y tal vez mejor estadista, deseaba para los pueblos de América el gobierno monárquico.

Sea lo que fuere, y aunque todavía existe un sedimento de absolutismo en el alma indo-hispana, creemos que la monarquía no es ya una forma de gobierno buena para este continente.

(4)— No exageramos al trazar el cuadro de las revoluciones. En 1894, al pasar la revolución, no quedaba en el país nada que pareciera una escuela [Carlos Ezeta (1890-1894), Rafael Antonio Gutiérrez (1894-1898)].

Lo que en ese ramo había trabajado un hábil ministro desapareció por completo. Así había desaparecido, cuando la revolución anterior, la obra incomparable del General Menéndez [1885-1890]. En 1890, los soldados de Rivas o los de Ezeta, destruyeron, por antojo el laboratorio de química de la Universidad. No sabiendo qué utilidad podían sacar de las redomas y vasijas, las rompieron a machetazos.

Hechos así, por centenares.

NOTA FINAL

Este ensayo debía presentarse al certamen iniciado por el Diario de El Salvador para celebrar el octogésimo aniversario de nuestra independencia [1901]. El autor, después de hablar del desenvolvimiento político, no se ha sentido capaz de estudiar el desarrollo social. Esta segunda fase del tema es muy extensa, y no hay para facilitar su estudio, los valiosos trabajos que tanto ayudan a comprender la historia política.

LA INDEPENDENCIA COMO PROBLEMA

EL ATENEO DE EL SALVADOR Y LA CELEBRACIÓN DEL (BI) CENTENARIO

0. Keywords/Abstract - Palabras claves/Resumen

I. Preámbulo

II. Del olvido cívico...

III.A la independencia como problema

III.1. José Dolores Corpeño

III.2. Abraham Ramírez Peña

III.3. Adrián M. Arévalo

IV. Coda

V. Notas

VI. Apéndice. I. Índice de batallas de El Salvador (1822-1855)

II. La batalla de Coatepeque

VII. Bibliografía

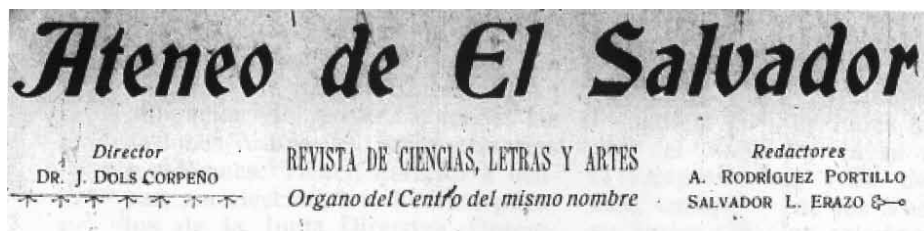
Siempre se ha hermanado el ideal de la libertad con la sed de sangre de los vencedores (J. Dols Corpeño, *Revista del Ateneo*, Año II, No. 14, diciembre de 1913 y 1914: 71).

O. PALABRAS CLAVES/RESUMEN

Palabras claves: Historiografía de la independencia centroamericana y salvadoreña, vida republicana, fracaso de unión centroamericana, Ateneo de El Salvador, pacifismo radical.

Resumen

“La independencia como problema” examina la producción intelectual de una organización cultural salvadoreña: el Ateneo de El Salvador, instituido en diciembre de 1912. Sin establecer distinciones de género literario, estudia la manera en que la poesía, la narrativa y el ensayo visualizan la independencia centroamericana y su corolario, la vida republicana durante las primeras décadas independientes. Los miembros fundadores del Ateneo describen la independencia como acontecimiento gratuito, sin voluntad popular ni determinación política seria. Anotan que la independencia carece de un proceso continuo que vincule el primer grito (1811) con la doble declaración final (1821 y 1823). Las guerras independentistas contra la metrópolis colonial se reducen al mínimo. Las sustituyen conflictos bélicos republicanos que convierten la nueva región independiente en “pirámides de calaveras que se alzan en las llanuras”. Por testimonios vividos, la conciencia pacifista radical de los primeros ateneístas denuncia guerras fratricidas sin más objetivo que el simple alcance del poder —“carnicerías humanas sin por qué ni para qué”— en los mismos sucesos históricos que nuestra actualidad celebra en apoteosis. “¿No veis cómo se matan hermanos con hermanos?”



I. PREÁMBULO

“La independencia como problema” analiza la visión que los socios fundadores y primeros miembros de una organización cultural salvadoreña —el Ateneo de El Salvador (diciembre de 1912)— nos ofrecen de la doble independencia centroamericana: la primera emancipación de España (1821) y la segunda de toda potencia extranjera (1823). Igualmente, el ensayo reseña el enfoque de esta generación sobre la vida independiente del istmo. Este círculo olvidado de intelectuales celebra el primer centenario del primer grito de independencia (1811), así como el de la independencia con un mayor decoro que el nuestro. Mientras en la actualidad la pompa cívica dispone la conmemoración patria, los ateneístas y sus contemporáneos nos muestran una visión más trágica y reflexiva de la historia.

Si la independencia ocurre por una simple contingencia, sin luchas populares ni resolución política firme, la vida independiente la dictan guerras fratricidas y matanzas que opacan toda ilusión de libertad. El artículo rescata la producción cultural de una generación olvidada, clave para nuestro presente que se apresta a festejar el segundo centenario (2011), a la vez que restituye una conciencia pacifista irreconocida.

La propia existencia de esta generación pacifista la destierra una hegemonía liberal —una “instrucción cívica y moral práctica” gubernamental— que la considera “anti-patriótica”. (1) En la inventiva histórica liberal, “las ideas extremas de los partidos socialistas y antimilitaristas” que se arraigan en “las masas populares” menoscaban “el sentimiento innato, el dogma inmortal del amor a la patria”. (2) Igualmente se juzgarían los ideales indígenas comunales, ya que el principio “eterno” de la propiedad privada engendra la “idea” misma de “patria”.

En cambio, en “tiempos de paz”, para los reformadores, la disparidad entre “20.3% que absorbe al Cartera de Guerra y Marina” contra el “5.65% de la Cartera de Instrucción Pública” requiere construir un “equilibrio económico”. (3) “Aspiremos para que tengamos cada día menos necesidad de grandes ejércitos, los que, en realidad, no han tenido desde hace 90 años que somos independientes, más misión que la de destrozarnos entre hermanos”. (4) Más que una nación unida en su anhelo libertario, “La independencia como problema” rastrea las raíces de un país dividido a muerte desde sus comienzos fundacionales.

II. DEL OLVIDO CÍVICO...

Hacia la fundación del Ateneo de El Salvador sucede un “renacimiento intelectual” en el país. (5) “Después de un eclipse de varios años, debido al período de desorganización que hemos atravesado”, se percibe una “favorable oportunidad” para discutir la cuestión nacional de manera seria y razonada. Sus primeros socios creen que “el poder de la ciencia” sobrepasará las “estériles e infecundas luchas”, las políticas sangrientas. (6)

La conciencia de un desastre histórico intenta revertir su esfuerzo hacia la labor conjunta de todos los “hombres de ciencia, de letras y de arte, que hasta ahora han vivido aislados”. “Bajo los nobles auspicios del Jefe de la Nación Salvadoreña”, Manuel E. Araujo (1911-1913, fechas de mandato presidencial), la utopía consiste en inaugurar un espacio público de expresión en el cual la discusión argumentada sustituya los conflictos armados.

Desde “El Primer Certamen Literario del Ateneo de El Salvador”, una de las temáticas más reiteradas interpreta el sentido que posee la independencia centroamericana en ese principio de siglo. (7) La respuesta más tradicional la expone la conformación de una religión laica para uso del estado y cultura oficial.

En esta línea conservadora, el panegírico reemplaza el pensamiento crítico que hace de la independencia un problema. Bajo la misma rúbrica clasifican varias poesías famosas que componen Patria de Francisco Gavidia, odas, biografías y discursos incluidos en los *Juegos Florales del Centenario de la Insurrección de 1811* (1911) y *El libro de los Juegos Florales* (1921), al igual que la “Oda a Centroamérica” de Alfonso Espino: “Cantar tu Independencia, ¡oh, patria mía!/entonar ditirambos de alegría”. (8)

A esta tendencia también pertenecen las semblanzas de los próceres, las loas a la libertad, los himnos (a la bandera) y un sinnúmero de trabajos que al reseñar “El Salvador a través de la historia” le prescriben el título de “hija predilecta de la Federación”. (9) Hay una exaltación de la patria —un ascenso glorioso a la libertad— sin más contrariedad que los célebres “sacrificios” de hombres ilustres, los próceres, y algunos de sus prosélitos populares.

Ateneo de El Salvador

Director
DR. J. DOLS CORPEÑO

REVISTA DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES
Órgano del Centro del mismo nombre

Redactores
SALVADOR TURCIOS R. 13
ABRAHAM RAMÍREZ PEÑA

AÑO I

SAN SALVADOR, OCTUBRE DE 1913

N. 12

EL PRIMER CERTAMEN LITERARIO DEL ATENEO DE EL SALVADOR



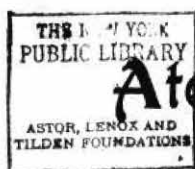
Esta corriente instituye un civismo fervoroso. Pero al proponer una creencia patriótica ciega, su principio pasional traiciona “el poder de la Ciencia” sometido a demostraciones historiográficas, al igual que a posibles contra-argumentos. (10) El olvido cívico —lo que el civismo olvida en sus loas piadosas— es exigir razonamientos metódicos y antítesis que deduzcan sus flaquezas. En esta omisión surgen tres socios del Ateneo —Adrián M. Arévalo, José Dols Corpeño (primer presidente; pseudónimo de José Dolores Corpeño) y Abraham Ramírez Peña— con sus respectivas propuestas sobre la independencia como problema.

A la convención republicana en boga, con atinada lucidez, los tres miembros no contraponen la invención de un nuevo mito de apoteosis. Si el civismo refiere una gesta heroica popular dirigida por próceres iluminados —José Matías Delgado, según la historia oficial, pero “al lado de los monárquicos” y sin “destacarse antes de la proclamación de independencia”— la historiografía marxista se vuelca a la búsqueda de prohombres populares de izquierda, Pedro Pablo Castillo, cual lo sugiere Alejandro Dagoberto Marroquín. (11). Ambas posiciones contrapuestas —historia conservadora oficial y revisión marxista— mantienen en común la idea de una proeza memorable por la fundación de la patria. En cambio, los ateneístas aducen la ausencia de todo proceso de independencia y, peor aún, un descalabro fratricida subsiguiente a la “fábula liberadora” de 1821. (12)

A diferencia de otras regiones de Latinoamérica, en El Salvador es imposible reconstruir un transcurso incesante de luchas independentistas. Entre el primer grito (1811) —el segundo intento abortado por lanzar otro grito de independencia (1814)— y su doble declaración final (1821 (independencia de España) y 1823 (independencia de toda potencia extranjera)) no existe una continuidad. Según los ateneístas, se presenta un hiato infranqueable, un dilatado letargo independentista sin líderes obvios ni voluntad popular. Entre esos siete a diez años de sopor (1811-1814-1821-1823), florece la indiferencia. El desmayo patriótico lo comprueban las escuetas “anotaciones cronológicas” que realiza los historiadores Francisco J. Monterey y Miguel Ángel García para los años 1815-1820. (13) Acaso la idea de una lucha continua por la independencia sería un mito fundacional, republicano y liberal.

La visión más trágica de los ateneístas —quizás más realista al recordar matanzas independientes cuyo año emblemático lo cifra 1863— es irreconocida por una razón filosófica hegemónica, bastante tradicional. “En

nuestro Estado no podemos admitir otras obras de poesía [e historia] que los himnos a los dioses y los elogios de los hombres grandes". (14) El civismo habita "la ciudad del silencio y del olvido". (15)



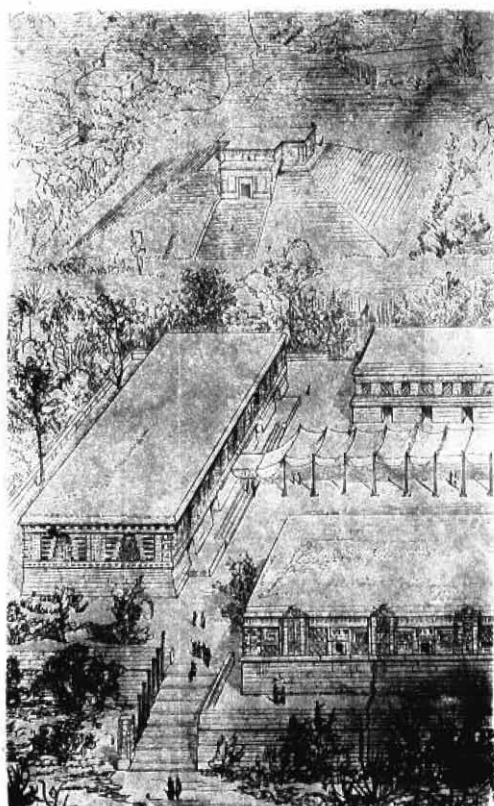
Fo 28 229

Ateneo de El Salvador

Revista de Ciencias, Letras y Artes.
Órgano del Centro del mismo nombre.

Septiembre de 1921 * Año IX.

* No 84 *



TIPO LITURGICO O LEGAL DE LA CIUDAD NAWATE. TAL LA
FAMOSA CUSCATLAN, POR EL SABIO VIOLETT LE DUC.
CAPITAL DEL ANTIGUO REINO, HOY
— EL SALVADOR —

III. ...A LA INDEPENDENCIA COMO PROBLEMA

III. 1. JOSÉ DOLORES CORPEÑO

Si no existe proceso de independencia y la libertad imprevista expresa “sed de sangre”, Dols Corpeño se pregunta por las razones del “espejismo de mil ochocientos veintiuno” y del “cauce sangriento [que] se abrió en tierra centroamericana” debido a esa “contingencia”. (16) He aquí resumida su posición crítica que el propio presidente en turno, Manuel E. Araujo caracteriza de “alta aristocracia del talento”. (17)

“El espejismo de mil ochocientos veintiuno —asonada que «casualmente», sin un gesto heroico, saludamos como nacimiento de la Patria— [es una] ficción deslumbradora de soberanía [cuya] fatalidad [produjo] matanzas y debates fraticidas [en pueblos que] jugaban a la libertad, como jugar a las muñecas [con] sus manos manchadas de sangre. [Si deseamos testimonio vivo], fijemos los ojos en la huella triste que señala en los campos el paso de la discordia y de la matanza. Pidamos una palabra a esas pirámides de calaveras que se alzan en las llanuras”. (18)

“Ya eran eco lejano los acontecimientos reseñados [de 1814] cuando vino intempestivamente el amanecer de la Patria soñada [...] el acta de Independencia [...] no sintetiza el ideal supremo de los próceres de 1811, porque no se adoptó la resolución firme y categórica de declarar la forma de Gobierno, sino que se dejó a la deliberación de un Congreso [...] los hombres de 1821 no estaban posesionados de la doctrina republicana y abrigaban temor a la democracia. Tampoco era firme su propósito de libertad [...] el espíritu monárquico vivía latente en la sociedad [...] cuatro meses después tuvo Centroamérica su primera caída, al consumarse [...] su anexión a México [...] y guió ese atentado la aristocracia monárquica de Guatemala [...] tras un violento forcejeo el 24 de junio de 1823 se logró sellar la segunda independencia [la cual] comprobaba la falta de unidad y la anarquía en los principios [...] la Constitución Federal decretada el 22 de noviembre de 1824 [establecía] hermosas teorías [al lado de las cuales] los patriotas pusieron las bases de la anarquía [...] al llegar como primer Presidente de Centroamérica, Manuel José Arce en abril de 1825 [se convirtió] en manzana de la discordia y quizás causa del sangriento desbarajuste [...] es él ejemplo de la tiranía y la inconsecuencia [del] incremento del sangriento separatismo [seguido

por la dictadura de] Mariano de Aycinena [...] éste en su esfera y Arce en otra, sentaron el precedente de la guerra civil, de 1827 a 1829, una época horrenda”. (19)



Su visión trágica dibuja una tortuosa línea cronológica de eventos adversos. Nos conduce de una independencia accidental que llega de afuera sin un gesta heroica (1821), la recaída en la sumisión imperial mexicana (1822), la segunda independencia que titubea en sus principios políticos rectores (1823), la tiranía de Arce y Aycinena como preludio funesto al fratricidio separatista (1825-1829), el paréntesis caudillista de Francisco Morazán quien también se impone por la violencia guerrera en Gualcho (1828-1838), el ascenso de Rafael Carrera (1839), la sangrienta “agonía” morazánida en el Espíritu Santo y San Pedro Perulapán (1839) hasta la separación inevitable (1840-1842). Esta cronología la corona “nuestra decadencia” que “de pueblos de pensadores y patriotas” descendimos “a pueblo de bárbaros”. (20)

III. 2. ABRAHAM RAMÍREZ PEÑA

Por su parte, Ramírez Peña estropea la celebración del “Centenario del Primer Grito de Independencia (1811-1911)” al evocar los “estragos” bélicos del período independiente. (21) Mientras todos los intelectuales que inventan una religión laica se visten de gala para recitar loas a la patria, su postura pacifista les recuerda el sino trágico de la soberanía nacional.

La cronología de Dols Corpeño —suspendida en el descalabro de Morazán (1840-1842) — Ramírez Peña la proyecta dos décadas después, la cual prosigue el sino fatídico de Centroamérica con las matanzas guatemaltecas y salvadoreñas, bajo el comando de Rafael Carrera y Gerardo Barrios (1863). El corolario “colateral” de la independencia son guerras fratricidas y despiadadas —“desastrosas carnicerías humanas [...] en el transcurso de un siglo de vida revoltosa”— en las cuales con toda honra se descuartiza al enemigo, al “hermano” centroamericano. (22)

«Estamos próximos a cumplir cien años de vida independiente, y ¿qué hemos hecho durante tanto tiempo? Destruirnos mutuamente [...] ¿Cuál será el legado que el siglo viejo dejará al nuevo? El recuerdo de tantas guerras sangrientas en las cuales el hermano mató al hermano, el padre al hijo y el hijo al padre [...] Nuestra historia patria [es] reseñas horripilantes de combates que fueron verdaderas matanzas. En el parte que el general Santiago González comunicó al ministro de la guerra el día 28 de febrero de 1863 se leen estos párrafos: “el campo de Coatepeque, al anochecer del día 24 de febrero era un vasto osario: el campo enemigo cubierto de cadáveres y heridos, el cielo ennegrecido por la pólvora, la desolación y la muerte por todas partes”. Más adelante dice: “La mortandad que sufrían las tropas guatemaltecas era espantosa” [...] causaba verdadero horror el campo de Coatepeque a la vista no sólo del número de muerto, sino también por el estado de ellos: por todos lados se encontraban miembros humanos, ya una cabeza, ya un brazo, una pierna, hombres divididos en dos partes, estragos causados por nuestra artillería, que con tanto acierto dirigieron los oficiales Biscouby y Vassel dignos de recomendación”». (23)



ABRAHAM RAMÍREZ P.

Lo notable de la postura pacifista de Ramírez Peña contrasta con las posiciones más convencionales que —en defensa de valores liberales y unionistas clásicos— olvidan que 1863 representa una devastación. Si por convenio “patriótico” la matanza —que despedaza enemigos conservadores y separatistas— se percibe como “memorable jornada [...] en que quedaron aniquiladas hordas impositoras”, parecería que todo valor ideal resulta inmune a la práctica social, a la violencia, por la cual se realiza. (24) “Conquistar laureles inmarcesibles en los campos de Coatepeque” significa coronar al vencedor gracias a la mortandad del vencido mutilado. (25)

Por ese acto de festejo ante el estrago guerrero, se empaña la permanencia absoluta del concepto de libertad que tanto se añora. El legado inmediato de esas masacres —la orfandad generalizada, el bandolerismo, la fechoría como medio de ascenso social y proveedora de servicios legales, la identidad nacional como disfraz— lo describe la mejor novela de Ramírez Peña, *Cloto* (1916).

Las cifras de muertos en combate —sobre cuya “preciosa sangre [...] como alfombra rojiza [...] se celebra la victoria con la tradicional diana”— la estima el ensayo “El sitio de San Salvador en 1863” de Gilberto Valencia Robleto. (26) Carrera pierde unos “1600 hombres” el 22 de febrero; “al día siguiente

[...] más de 2300 bajas”; “el día 24, más fatídico para Carrera [se acumulan] cadáveres putrefactos de 5500 guatemaltecos”. Por esa matanza, se cumple “heroísmo y sagrado deber en aras de la patria” los cuales se festejan el “día 29 [...] con banquetes y bailes [...] ocho días de fiesta”. De sumar tales cifras totalizarían unos nueve mil cuatrocientos cadáveres en tres días, “viéndose doquiera los miembros de cuerpos; cabezas, brazos piernas, fragmentos de cráneo”. (27)

Los estudios antropológicos posteriores ilustran la tragedia demográfica indígena que significan las guerras fratricidas las cuales se extienden por varias décadas del siglo XIX. La detallada monografía de Panchimalco que realiza Alejandro Dagoberto Marroquín ofrece información valiosa sobre los cambios poblacionales en ese municipio para los años 1807 y luego para 1860-1890. (28) Estos únicos datos para el siglo antepasado obligan al antropólogo a contradecir tesis en boga relativas a «la famosa “consunción”» de “la población indígena [...] causada por la política de los españoles a raíz de la conquista”. (29) Por lo contrario, las cifras de finales de la época colonial demuestran que “no hubo ningún déficit” poblacional hacia el final de ese período. (30)

En cambio, el declive estadístico sólo puede documentarlo para el período que abarca de 1807 a 1860. Esta reducción demográfica la explica “el reclutamiento forzoso de la mayoría de los jóvenes [indígenas] en edad militar [cuyo] destino era servir de carne de cañón [...] en las guerras fratricidas [lo cual] nos lo confirma la tradición [oral de] los ancianos del pueblo”. (31) En contraste con otras regiones de Latinoamérica, en El Salvador, la violenta vida independiente —“las guerras intestinas que abundaron tanto durante el siglo XIX”— ocasiona una disminución poblacional indígena más adversa que la provocada por la colonia. (32)

III. 3. ADRIÁN M. ARÉVALO

Arévalo remata esta percepción crítica de una vida independiente sometida a masacres. Su novela histórica *Lorenza Cisneros* narra “el nuevo tutelaje que los *nobles* guatemaltecos quieren imponerle a mi Patria”, por lo cual se necesita una segunda independencia (1823) luego de la anexión al México monárquico. (33) Relata también el anhelo fallido que representa Francisco Morazán (1792-1842) el cual culmina en “la marcha al Oriente del Estado”,

y “la tremenda carnicería” en la que “rodó el cuerpo de Jorge Llerena”, prometido de Lorenza. (34) “Morazán cayó porque quería la Unión a balazos”. (35)

Ella y su padre —“Juan Vicente Cisneros, Jefe Supremo del Estado”— no conciben más alternativa que “sepultarse en el fondo del olvido”. (36) Emigran a una retirada población —quizás al mismo Perulapán o por el Espíritu Santo— “lejos de las bajas intrigas” capitalinas, luego de que “con la muerte de la Federación Centroamericana nace el reinado de los cuervos” (1840). (37) En el *in-silio* (exilio interior), “la hija del enemigo acérrimo de la tiranía” —prometida eterna del “Brigadier Jorge Llerena”— “llora sus esperanzas muertas”. (38)

Este autor es el único que le concede a la mujer un papel activo en la política, incluso durante la guerra. Si enlutada Lorenza Cisneros se dedica a velar las tumbas de su padre y de su prometido, en El 63. *Episodios Nacionales Histórico-Novelescos* (1916), la fémina actúa como consejera, apoyo vital para el ejército de Barrios y, al cabo, al empuñar armas, personal militar diligente en la defensa de la capital salvadoreña liberal contra la invasión conservadora de Carrera.

Sin embargo, como mentora íntima de Barrios, la mujer nunca logra una posición administrativa de prestigio. “Si en mi mano estuviera a Beatriz [de Dorantes] la nombraría Ministro general del gobierno que presido”, reconoce el mismo Barrios. (39) Aún para la causa liberal, la esfera política regente se halla reservada a lo masculino. Como combatiente ella muestra la misma crueldad que sus colegas del sexo opuesto, al quemar vivo al enemigo guatemalteco. En nombre de la autodefensa y de la república liberal, unos “veinte soldados” invasores arden borrachos en una cabaña. (40) El terror de los invasores lo combate la barbarie de las defensoras, cuyo hondo lamento expresa no consumir vivos a más guatemaltecos en las llamas.

“Achicharrar a los malditos chapines que caigan en la trampa, cuando ya estén bien borrachos. —¡Qué idea más *peñaguda*! [...] saliendo bien la cosa, no importa como dices, pegarle fuego a la tal casa, que por cierto está bastante vieja, ya que sus llamas tostarán a unos veinte miserables. Qué lástima que no sean más [...] momentos después, grandes llamas se alzaban esparciendo su luz siniestra por aquellos alrededores en donde los invasores había sembrado el terror y el espanto”. (41)

Arévalo retoma la interpretación pacifista de Ramírez Peña al recordar la misma fecha emblemática del descalabro independiente en el istmo, 1863. En su segunda novela citada, *El 63*, la vida independiente se denomina “la danza macabra”. (42) Las guerras por la “misión unionista” –viceversa, por la separatista– concluyen en “fértiles campiñas [en Coatepeque], dando abundantes frutos, gracias a la sangre guatemalteca derramada en ellas de manera lastimosa”. (43)

Todo ideal de unión y libertad se ahoga en la hecatombe, aun sea por autodefensa. “No es dable pasar rápidamente de la lucha [fratricida] a la unión pacífica y sincera”. (44) El proyecto unificado de nación lo asfixian disputas homicidas. (45) Tal cual lo confirma el testimonio de un soldado raso que lucha hasta el descalabro liberal, el verdadero ideal consiste en vengar la muerte de su padre y la tristeza de su madre al

“matar, matar más, ¡matar siempre y sin misericordia el mayor número de enemigos! “Vengaré a mi padre -se decía a sí mismo el intrépido mancebo- ¡Oh sí! lo vengaré aunque me cueste la vida! ¡Pues qué! Haber fusilado al autor de mis días esos canallas! ¡un pobre viejo!”... en todas mis correrías logré matar veinte enemigos, herir cinco y hacer prisioneros seis. Por supuesto, los últimos fueron pasados por las armas; los heridos se murieron a la postre: por todos, pues, ¡sólo fueron treinta y uno los de mi cosecha! Estoy satisfecho: mi padre ha de haber visto desde el cielo que, si más se me hubieran puesto a tiro, me los soplo sin remordimientos para vengar cumplidamente la muerte que le dieron a él, al pobre viejo, ¡que ya a penas podía con la fe de bautismo!...”. (46)

Esa matanza afecta no sólo a dos países hermanos enemigos, sino a una misma nación dividida en posiciones políticas en pugna. “Es verdad que no sólo fueron guatemaltecos los que pusieron sitio a San Salvador, para derrocar al General don Gerardo Barrios y acabar con nosotros: la mayor parte de los sitiadores fueron salvadoreños y muy legítimos guanacos”. (47)

Desde sus inicios, la nación salvadoreña se halla seccionada en bandos enemigos que se combaten a muerte. El ensayo de Valencia Robleto revela la división interna de la nacionalidad salvadoreña por la alianza del “Doctor Dueñas” con Carrera, quien cuenta con el apoyo de “todos los demás generales y notables de Santa Ana, Sonsonate, Santa Tecla [...] los Guirola, Orellana,

Duke, Gallardo, los Sol, Cáceres, Olivares, Alcaine, Liévano, Escalón, Dubón y los generales Choto”, así como por la traición del general Santiago González a cargo de Santa Ana. (48)

“Caudillaje y tiranía” reinan “en el campo libre, campo de lucha de la codicia y de la desvergüenza humana, de la matanza y de los debates fraticidas”. (49) Ante la mortandad, en unión borgeana de los opuestos, no se sabe quién es traidor, quién es héroe. Y “la Gloria” republicana nos confiesa: “he visto sus manos manchadas en sangre. ¿Cuál es Caín? ¿Cuál es Abel? ¿Cuál es Judas? ¿Cuál es Jesús? —No sé... Profundo silencio”. (50) Lo insigne se confunde con lo villano, ceñidos ambos por una oscura violencia bajo la cual hechos y valores “son pardos” (proverbio popular, “de noche todos los gatos son pardos”, léase, “bajo la violencia generalizada, todos los valores son pardos”).

Años antes que el Ateneo inicie el debate sobre la independencia, Alberto Masferrer (1901/1996) anticipa la perspectiva pacifista que no celebra ese evento sin recordar su legado trágico. Para el maestro, hay dos corrientes complementarias fluyendo de manera paralela: “ríos de oro y ríos de sangre”. La primera vertiente desemboca en el civismo y en la celebración heroica de las gestas por lograr la formación de la patria salvadoreña. La segunda se concentra en la herencia de guerras y matanzas post-independentistas.

Si la autonomía política es un “bien”, una promesa dorada, la vida autónoma inaugura incesantes masacres que se legitiman en nombre de ideas abstractas tales como la unión, la libertad, la república, etc. Esta discrepancia entre los arquetipos ideales y la realidad histórica crea, según Masferrer, el fraticidio entre las nacionalidades centroamericanas y la tiranía como forma de gobierno. Su resultado lo expresa la “faz revolucionaria de nuestra historia” en la cual el poder alterna por la lucha armada sobre el rival. Sea liberal o conservadora, la nación acaba en el militarismo que justifica el alcance de la libertad por la fuerza bruta.

IV. Coda

1811 fue la primera y única epopeya [independentista]. Centro América se declaró independiente sin efusión de sangre, y es por eso que no figuran acontecimientos trágicos y épicos [en 1821]. El inmortal Padre Delgado se opuso a la incorporación de Centro -

América a México [1822], enviando una columna de tropas a Santa Ana y Ahuachapán, poblaciones que quizás simpatizaban con aquella incorporación, habiéndose entablado un combate en el Espinal [donde] se derramó la primera sangre generosa centroamericana [...] y empezaron nuestras fraticidas luchas. (51)

Bastan esas tres breves anotaciones —Dols Corpeño, Ramírez Peña y Arévalo— para resumir un pensamiento crítico irreconocido. En este mes de septiembre cuando entonamos cantos gloriosos y cívicos a la patria —de nuevo, ataviados de etiqueta— recordamos que al menos tres intelectuales del cambio de siglo antepasado —seis, al añadir a Miguel Ángel García, Alberto Masferrer y Salvador Turcios R.— perciben en esta celebración carencia y olvido. Todos ellos nos revelan las apoteosis exageradas e irreverentes en un país recién fundado y sin proyecto unificado de nación.

Celebramos gestas épicas independentistas sin documentarlas, a la vez que acallamos el fraticidio resultante. Acechada por una historia violenta, la conciencia de una generación olvidada nos exige una reflexión seria sobre su propio testimonio del siglo XIX, época que los procrea. (52).

La violencia fundadora la viven como presencia continua, ya que a unas nueve semanas de la inauguración del Ateneo (1 de diciembre de 1913), asesinan a su mecenas, al “Gran Protector de las Letras Nacionales” Manuel E. Araujo, a cuya memoria se dispone dedicar un número entero. (53) A velar su memoria de “Gran Hombre y Mártir” se dedican un número entero de la revista y la edición de una voluminosa obra que recopila poesía, ensayo, discursos, cartas, etc. en su honor póstumo. (54)

El oscuro homicidio “anunciado” —sin autor intelectual, aunque según el periodista y poeta salvadoreño Quino Caso (s/f) fue el propio presidente de Guatemala “Manuel Estrada Cabrera”— se alza como símbolo mortuario central de esa década del doble centenario (1911-1921). (55) Su cuerpo yacente se instituye como hado fatídico que ensombrece la ceremonia, al recordar la tragedia, los asesinatos individuales y en masa de las repúblicas independientes.

Para múltiples intelectuales de la época, Araujo representa el espíritu unionista, la oposición a la intervención estadounidense en Nicaragua —que refrenda la verdadera independencia— y el ideal nacionalista que se

opone al carácter privado de los servicios públicos como los ferrocarriles y la electricidad . (56) Su muerte sella la disolución de esa triple alianza: unionismo-anti-imperialismo-nacionalismo. A este triángulo político, el Tesorero General de la República, José E. Suay añade una “obra económica” que aumenta “las rentas” del estado y amortigua la “deuda pública”. (57)

Ante el féretro del “patriota, héroe y mártir” —“prócer mandatario”— los escritos empolvados de esa generación ateneísta evocan la falta de toda “cruzada libertadora [—sin] audacia de colocarse por sí el simbólico gorro frigio”— al igual que atestiguan el “paso de la discordia y de la matanza” en “carnicerías humanas” post-independentistas. (58) Hace un siglo, por esta recolección en florilegio —“flores que fenecieron sin huella”— el Ateneo se coloca en un sitio privilegiado dentro de la producción intelectual salvadoreña. (59)

**

Lejos de todo mito y adulación, los primeros socios del Ateneo nos presentan diversas reflexiones sobre “la independencia como problema”. Otro miembro aludido, Salvador Turcios, aduce: “que la Independencia fue el resultado de la preparación y aptitud decidida del pueblo [...] es un absurdo [sin documentación auténtica] *la paradoja de la independencia*” señala una “feliz contingencia [...] sin partido autonomista [ni] aptitud decidida del pueblo”. (60) Su consecuencia más patente son “los sombríos territorios de nuestra Historia, del año 1821 al presente”. (61)

Incluso las versiones más tradicionales que exaltan las glorias soberanas de la patria no olvidan el descalabro de las repúblicas independientes. El festejo queda obligado a reconocer un sino trágico y asesino que ensombrece toda celebración irreflexiva. “¿No veis cómo se matan hermanos con hermanos?”. (62)

“En luchas fratricidas, Patria, después te aferras;
revoluciones ímprobos y criminales guerras
entre las fauces del terror!
Envilecieron tus republicanos fueros,
Nativas autocracias! Callaron los aceros,
En vez de hundirles su fulgor!”. (63)

Un contemporáneo suyo lo secunda al afirmar que “la embriaguez de la victoria ofuscó el juicio de quienes habían conquistado el poder [...] reclamando para el patíbulo la sangre fraternal”. (64)

A principios del siglo XXI, es paradójico el encierro mental de la globalización. Hace un siglo contamos más versiones sobre un hecho histórico fundamental que en el presente democrático. Los ateneístas y sus contemporáneos demuestran un mayor decoro que el nuestro en el homenaje. Obsesionado por épica independentista, heroísmo y silencio de guerras independientes, la actualidad empaña toda versión que no apoye su predominio político. Para ello, a la víspera del segundo centenario del primer grito (1811-2011) —¿de la única epopeya? — hay que olvidar toda aquella desconfianza que remuerda la conciencia histórica del primer centenario.

“Pidamos una palabra a esas pirámides de calaveras que se alzan en las llanuras” recita una exigencia historiográfica que nuestra (pos)modernidad no ejerce aún. (65) Quizás el “temor a la democracia” —sin “firme propósito de libertad”— nos embarga desde 1821 hasta el presente. (66) Quizás...

NOTAS

(1) Guzmán, 1914: 194. Para evaluar la importancia de “instrucción cívica y moral práctica”, considérese que todos los autores pacifistas que el presente artículo redescubre permanecen en el olvido del canon literario nacional. Pese a su ideal por recolonizar el país con población europea del Mediterráneo, a Guzmán lo honra el nombre del actual Museo Nacional de Antropología (MUNA), como si su anhelo por eliminar lo indígena y blanquear racialmente el país se hallaran a la orden del día, o, al menos, fuera de toda crítica.

(2) Guzmán, 1914: 141 y 167.

(3) Suay, 1911: 7 y 10.

(4) Suay, 1911: 12.

(5) Año 1, No. I, 1/diciembre/1912: 1.

(6) Año 1, No. I, 1/diciembre/1912: 1. La utopía de una “Nación que

pertenece a todos” por el “auxilio de la Ciencia” y del “Arte”, inaugura el *Libro Araujo*, 1914: 10.

(7) Año I, No. 12, octubre/1913: 381-382.

(8) Gavidia, versión definitiva, 1974: 241-376. Espino, poeta doblemente laureado, 1921; Año IX, No. 84, septiembre/1921: 1521-1526 y Año X, Nos. 85-87, 1921: 1598-1601.

(9) Salvador R. Merlos, Año VI, Nos. 57-68, enero-diciembre/1918: 1206; pero admite que “el Sol del Unionismo” implica “fresca sangre”, a saber, “derramar la sangre” (1206-7), sin atreverse a asociar este hecho con matanzas que enturbian los ideales.

(10) *Libro Araujo*, 1914: 10.

(11) Durán, 1961: 13. Marroquín, *Apreciación*, 1974: 73-76.

(12) La independencia como “ficción deslumbradora”, “espejismo” y demás sinónimos, la defiende Dols Corpeño, 1914: 10 y 14.

(13) El término lo aporta el título del trabajo de Monterey, 1943/1977 : 49-60; lo secunda García, 1952: 307-308.

(14) Platón, *La República*, Libro X, 1973: 289.

(15) Ramírez Peña, 1912: 99.

(16) Dols Corpeño, *Patria*, 1914: 14.

(17) “Alocución dicha el 3 de julio de 1913”, citado en Dols Corpeño, 1914: 3.

(18) Dols Corpeño, 1914: 14, 19, 26 y 36; ensayo laureado. Lo secunda García, 5 de noviembre (1914: 49), “nuestras fraticidas luchas [comienzan en] El Espinal [con la oposición] de Delgado a la incorporación de Centro América a México”. La anexión la apoyan Santa Ana y San Miguel, departamentos salvadoreños que San Salvador debe obligar a aceptar la autonomía. Otros apologista de Delgado, Martínez Suárez (1911: 37) califica la batalla en

“el hacienda El Espinal” de “la primera que se libró entre hermanos [...] precedente de discordia, funesto para el porvenir”. Durán, 1961: 200, “primera acción sangrienta entre hermanos”.

(19) Dols Corpeño, 1914: 53-57, 60 y 64; López Vallecillos, 1967: 375-36, “Arce [de] carácter fuerte y caprichoso [y] de proceder violento, dictatorial”. En contraste, leemos la loa cívica de *Próceres* (Castro, 1911: 75) para la cual Arce es “noble soñador, caballero andante de la libertad”.

(20) Sobre 1825-1829, véase: *5 de noviembre*, 1913: 27; véase también, No. 106, marzo/1926: 4103-4 que reproduce documento de 9/mayo/1829 acusando a Arce de hacer “la guerra [...] destrucción y muerte” para perpetrarse en el poder lo cual señala “su hora triste” de benemérito a cuadillo, al igual que Dols Corpeño, 1914: 69. En contraste a la posición pacifista del Ateneo, pueden leerse los versos militaristas de uno de los fundadores de la literatura nacional salvadoreña, Francisco Gavidia (1974 : 255), los cuales invocan a la guerra, siempre “justa”. “¡Oh pueblo!, alza tu brazo/Y lucha y vence, o muere,/antes que profanadas e iracundas/huyan las santas sombras y nos dejen”.

(21) *Juegos Florales*, 1911 y *Por la paz*, 1910: 13.

(22) Ramírez Peña, 1910: 95 y 182.

(23) *Por la paz de Centro-América*, 1910: 11-12 y 40-41.

(24) Juan Gomar, Año IV, No. 33, enero/1916: 620.

(25) Pedro Flores, Año VI, Nos. 57-68, enero-diciembre/1918: 1214.

(26) Año XXXII, No. 164, diciembre/1944: 50-64; cita en 51-52.

(27) El mismo autor evalúa en “más de 18.500 hombres” el ejército de Carrera que invade El Salvador en julio/1863 (55). Sobre su “cuadro horripilante, sombrío, aterrador”, se erige “gloria y laureles inmarcesibles” de Barrios y sus generales (53 y 51). Las cifras guatemaltecas que considera el trabajo de López Vallecillos son las siguientes: “500 hombres al mando del Coronel Valdés [en Ahuachapán, el General Zavala con 2.000 hombres

[en el Chingo; Carrera [con] 8.000 hombres; el General Vicente Cerna con 2.5000 a Chalchuapa”, es decir, un total de 13.000 (1967: 343-344). Pese a consignar que mueren “multitud de nuestros enemigos” y el “campo quedó literalmente sembrado de cadáveres”, la matanza de Coatepeque genera controversia entre los historiadores (348 y 350). En cambio, Barrios se inviste como “estrella [que] resplandec[e] radiante” (350).

(28) Marroquín, 1959: 97-98.

(29) Marroquín, 1959: 97.

(30) Marroquín, 1959: 97.

(31) Marroquín, 1959: 98.

(32) Marroquín, 1959: 98. Este declive demográfico indígena Marroquín lo censura de su trabajo canónico sobre la independencia, el cual se concentra en elaborar una apología del pueblo salvadoreño mestizo (*Apreciación*, 1974). Marroquín concluye identificando la nación salvadoreña con una sola cultura y una raza, de suerte que su propuesta antropológica crítica se reviste de un sesgo biológico conservador. “En la medida en que crece y se desarrolla la cultura mestiza, más se aproxima la era de su triunfo con el cual El Salvador llegará a ser una auténtica república [...] de hombres libres [sin] limitaciones mezquinas del interés económico o desigualdades provocadas por la distinta pigmentación de la piel” (1974: 105). La emancipación salvadoreña sería un acto de unificación racial indo-hispano, antes que de orden estructural como lo pretende la teoría marxista clásica. Su negación de casi toda población salvadoreña negra la desmiente la documentación primaria. “Había un gran motín o molote de pardos [...] muchos mulatos del Barrio de abajo y a quienes cabeseaban o capitaneaban el Negro Franco Reyna, Juan de Dios Jaco y Tiburcio Moran” (García, 1940: 16 y ss.)

(33) Arévalo, 1912: 20.

(34) Arévalo, 1912: 60. ¿Se trata de San Pedro Perulapán o Espíritu Santo, 1839?. “La sangre de San Pedro Perulapán y el Espíritu Salto en 1839”, la confirmaría Dols Corpeño, 1914: 67.

(35) Arévalo, 1916: 40. Durán, 1961: 374, “Morazán humill[ó] a los

conservadores y desemboc[ó] en la dictadura”. Ambos autores se contraponen a la exaltación que Gavidia realiza de Morazán en su incitación militarista y en la loa de la acción guerrera, véanse los versos citados en la nota (20).

(36) Arévalo, 1912: 72.

(37) Arévalo, 1912: 73.

(38) Arévalo, 1912: 74.

(39) Arévalo, 1916: 22.

(40) Arévalo, 1916: 151.

(41) Arévalo, 1916: 150-151.

(42) Arévalo, 1916: 87.

(43) Arévalo, 1916: 87.

(44) Conferencia de Paz Centroamericana, Washington, D. C., noviembre de 1907, Ramírez Peña, 1910: 148.

(45) Si resulta cierto que “el cariño y estimación que el pueblo salvadoreño, principalmente el de la capital, profesó al General Barrios y a su esposa Adela, consistió en que para ellos no había distinción de clase”, sus presuntos descendientes traicionan los principios de igualdad al anhelar posiciones aristocráticas (Arévalo). En *Ricardillo* (1961) de Enrique Córdova, doña María de la Paz organiza una fiesta “para dar muestras de su gran linaje y deslumbrar a la concurrencia”, a quien atiende sentada en “sillones forrados de terciopelo rojo y brazos dorados. En la pared lucían dos retratos al óleo: el del General Barrios y el del fundador de la familia de la engreída doña María de Paz [...] teniendo al lado un atril con el libro en letras azules que contenía el árbol genealógico” (Córdova, 1961: 81-82). Todos los ideales del liberalismo en Barrios se diluyen en sueños de ostentación conservadora de la familia Paz. La gesta republicana se reduce a la búsqueda de ascenso social de los sucesores, quienes deberían conservar su legado.

(46) Roque Baldovinos, 2008: s/p.

(47) Roque Baldovinos, 2008: s/p. La saga militar de Barrios la restituyen documentos primarios que reproduce la *Revista del Ateneo* (Nos. 111-112, Año XIII, agosto-septiembre/1926: 4362-4390 y 4429-4458): su viaje a Nicaragua a combatir contra William Walker (1856), el inicio de lucha por el poder a falta de enemigo común, el intento de insurrección contra el presidente salvadoreño Rafael Campo y la enemistad con Dueñas (junio/1857), senador durante la presidencia de Miguel Santín del Castillo (febrero/1858), el conflicto entre el poder laico y el religioso (septiembre/1861), la misa de gracias y Te Deum en la capital luego de matanza de guatemaltecos en Coatepeque (1863), etc.

(48) No. 164, diciembre/1944: 55-57.

(49) Dols Corpeño, 1914: 19.

(50) Dols Corpeño, 1914: 30. Contrástese la posición pacifista de Dols Corpeño con la apología de *Próceres* (Castro, 1911) que idealiza la acción de los fundadores de la patria en sus “virtudes” (79), “sin mancha” de crimen (83), ni pecado original. A la violencia generalizada, el civismo opone “un deber patriótico para que a su presencia se exalte mi fantasía” (79). Hay que olvidar toda violencia fundadora y acallar las víctimas de la historia.

(51) Miguel Ángel García (Año I, No. 12, octubre/1913 y 5 de noviembre, 1913: 46-48. De nuevo, de manera radical, la posición pacifista contrasta con la exaltación guerrera de Gavidia en su “Himno a la Bandera” (1974: 257-268). En nombre de “la República”, para la visión militarista, toda matanza queda encubierta bajo el “grito ¡Libertad! [que] venció en los memorables/campos del Espinal”. Por su exaltación de “la Patria y la Bandera”, la obra de Gavidia se vuelve canónica, mientras la de los ateneístas queda en el olvido, al carecer de una religión laica para uso en las escuelas y en el gobierno.

(52) “Yo, en esa fecha [1863], era un niño de seis años”, asegura el testimonio ocular de la huida de Barrios, Arévalo, El 63, 1916: 166; la intención testimonial se repite en las páginas 44, 62, 134 y 139. Al igual que Arévalo, Caso (s/f: s/p) justifica su afirmación como testimonio ocular: “quien escribe este relato se encontró en lugar privilegiado para ver y oír en forma directa [...] tenía doce años de edad, decía, quien estas cosas relata, cuando llegó a la Dirección General de Policía su padre, don Saturnino Rodríguez Canizales”. De Arévalo a Caso hay una conciencia testimonial olvidada.

(53) El atentado a machetazos ocurrió el 4 de febrero; la muerte, el 9 de febrero de 1913.

(54) Año I, No. 6, 9/abril/1913 y *Libro Araujo*, 1914.

(55) El anuncio de su asesinato lo asienta el *Libro Araujo*, 1914: 15.

(56) Documentado por Suay, 1913: 16 y secundado por Caso, s/f y Turcios, 1915.

(57) Suay, 1911: 7 y 1913: 7 y 17. La reducción de la deuda pública la confirma el *Libro Araujo*, 1914: 30. El éxito fiscal de Araujo, Suay lo resume de la siguiente manera. “No hay Nación que esté en circunstancias de presentar los mismos resultados obtenidos en el lapso de un año, es decir: aumento en el producto neto de las rentas de \$16.28%; una disminución en la deuda pública general del 9% más o menos. Si el doctor Araujo pudiera obtener iguales resultados durante los 3 años que le faltan de su período presidencial, habría obtenido [...] nuestra autonomía financiera” (Suay, 1912: 13-14). Su asesinato sellaría el fracaso de esa independencia económica que despegó —luego de “21 años de esclavitud y de pasividad”— “el 1° de marzo de 1911”, siete meses antes de la celebración del primer centenario del grito de independencia (5/noviembre/1911) (Suay, 1912: 1912: 9). “De manera espléndida, los festejos fueron “pagados con recursos propios de Erario, con un gasto de poco menos de \$300,000” (Suay, 1912: 11).

(58) *Libro Araujo*, 1914: 7, Dols Corpeño, 1914: 11 y Ramírez Peña, 1910: 95; lo secunda Arévalo, 1912: 60, “tremendas carnicerías”.

(59) Parafraseamos versos náhuatl.

(60) Año I, No. 12, octubre/1913: 391-393.

(61) Turcios, *Al margen*, 1915: 28. Este autor ilustra una visión liberal republicana bastante hispanocéntrica. A la vez de denunciar “el imperialismo yanqui” (Año III, No. 30, octubre/1915; véase también: Año IV, Nos. 35-36, marzo-abril/1916) —“acción de patriota ferviente y luchador por el engrandecimiento de Centro América”— declara “ejidos” —tierras indígenas del común— causantes de “males y atraso de la industria agrícola”. “Como consecuencia de la extinción, el 2 de marzo de 1882, cuyo sistema hacía

difícil obtener los beneficio de la mayor parte de los terrenos del Estado, ha entrado toda la propiedad raíz en el caudal de las especulaciones económicas. Por eso creemos que El Salvador es una de las Repúblicas de Hispano América que está menos expuesta a la conquista territorial por las razas extrañas [¿por la indígena?]. Resuelto el problema de los ejidos, que engendran los males y el atraso de la industria agrícola, como lo comprueba la Economía Política y Social, no es aventurado decir que se ha dado un gran halón en los destinos del país por la ruta indefinida del progreso” (Año I, No. 1, 1/diciembre/1912: 24). Acaso anti-imperialismo hispano y anti-indigenismo —eliminación de tierras ancestrales indígenas, concedidas por la propia corona española— correspondan a dos facetas complementarias de una misma línea liberal y republicana de pensamiento. Bajo la misma perspectiva —hispanismo de “raza ibero-americana”, sino anti-indigenista, al menos sin opción indigenista— podrían estudiarse las celebraciones del día de la raza, el 12 de octubre (Año III, No. 30, octubre/1915; Año VIII, Nos. 73-74, junio/1919-noviembre/1920, Castro García, 1922, y Ramírez Peña, 1920). La exaltación de España —“evocación de un maravilloso canto épico”— deja muy poco lugar para lo indígena en ese día de la raza (Castro García, 1920: 7, así como número No. 96, octubre/1926 dedicado íntegramente a “rendir homenaje a la Madre Patria”).

(62) Carlos Bustamante, poeta laureado, *El libro*, 1921: 14.

(63) José Llerena, poeta laureado, *El libro*, 1921: 22.

(64) Valladares, 1911: 36.

(65) Dols Corpeño, 1914: 36.

(66) Dols Corpeño, 1914: 54.

APÉNDICE

I. ÍNDICE DE BATALLAS DE EL SALVADOR (1822-1885)

1. Batalla del El Espinal, 12 de marzo de 1822. (1800-1900). J. A. Cevallos, *Recuerdos Salvadoreños*, Tomo I, 1950. Durán, 1961: 198-202. “Bautismo de sangre de la República”, Valladares, 1911: 19. “En el campo del Espinal quedó sembrada la semilla de la guerra civil”, Marure, 1877-1878: 41.

2. Batalla del Espíritu Santo, 12 de marzo de 1822. (1800-1900). J. A. Cevallos, *Recuerdos Salvadoreños*, Tomo I, 1950. (San Salvador, Mayo de 1822, Valladares, 1911: 69 y Durán, 1961: 207-208, “desorden, predaciones y temor”)

3. Batalla de Gualcho, 6 de julio de 1822. (1800-1900). *Revista del Archivo Nacional, Honduras* (1800-1900). (San Salvador, junio de 1822, Valladares, 1911: 70)

4. Batalla de Ramírez, 1822. Villacorta, *Diccionario histórico de América Central* (1800-1900). (Entre los pueblos de Guayabal y Guazapa, 14 de enero de 1823 y Mejicanos en febrero de 1823, Valladares, 1911: 72-73 y Durán, 1861: 253).

5. Batalla de Gualcho, del 24 de junio al 5 de julio de 1824. *Revista del Archivo Nacional, Honduras* (1800-1900).

6. Batalla de Mejicanos, 14, 15 y 17 de agosto de 1824. *Diccionario histórico enciclopédico de El Salvador* (1800-1900). (Arce en Nicaragua, 9 de enero de 1825, Valladares, 1911: 79).

7. Batalla de Arrazola, 23 de marzo de 1827. *Gaceta de El Salvador*, N^a 54 , julio 9 de 1852.

8. Batalla de Milingo, 18 de mayo de 1827. (1800-1900). Memorias del General Manuel José Arce, y Modesto Barrios.

9. Batalla de Milingo, 18 de mayo de 1827. (1800-1900). J. A. Cevallos,

Recuerdos Salvadoreños, Tomo III, 1920. “La campaña bélica es un círculo vicioso”, Durán 1961: 356.

10. Batalla de la Trinidad, 11 de Noviembre de 1827. (1800.1900), Don Esutaquio Sierra de Sabana Grande, cuenta a Don Pascual Sandres los pormenores de la Batalla de Morazán a mediodía del 10 de noviembre de 1827 (López Vallecillos, 1967: 39). (Morazán en Comayagua, 27 de noviembre de 1827, López Vallecillos, 1967: 41).

11. Batalla de Santa Rosa (Guatemala), enero de 1828. J. A. Cevallos, *Recuerdos Salvadoreños*, Tomo III, 1920.

12. Batalla de Chalchuapa, 1º de marzo de 1828. *Gaceta del Gobierno de Guatemala*, Mayo 3 1828. Durán, 1961: 358. (sitio a San Salvador, 1º de marzo de 1828, López Vallecillos, 1967: 41)

13. Batalla de San Salvador, 12 de marzo de 1828. J. A. Cevallos, *Recuerdos Salvadoreños*, Tomo III, 1920.

14. Batalla de Santa Rosa, 21 de marzo de 1828. *Boletín Oficial* N° 7 del 7 de junio de 1871. (6 de junio de 1828, Durán, 1961: 364). (abril de 1828, Morazán comisionó al Coronel José Antonio Márquez invadir El Salvador, López Vallecillos, 1967: 41).

15. Batalla de Gualcho, 5 de julio de 1828. López Vallecillos, 1967: 50-51.

16. Batalla de Mejicanos y la ciudad de San Salvador, 31 de julio de 1828. J. A. Cevallos, *Recuerdos Salvadoreños*, Tomo III, 1920. Durán, 1961: 365. Todo el mes de julio de 1828 se combatió en los alrededores de San Salvador. López Vallecillos, 1967: 53.

17. Batalla de Mejicanos, 20 de septiembre de 1828. J. A. Cevallos, *Recuerdos Salvadoreños*, Tomo III, 1920 y López Vallecillos, 1967: 58. (Entrada triunfal de Morazán a San Salvador, 23 de octubre de 1828 y 3 de diciembre marcha contra Guatemala, Durán, 1961: 369-370; López Vallecillos, 1967: 54). (Batalla de San Antonio, 9 de octubre de 1828, López Vallecillos, 1967: 54).

18. Batalla de las Charcas, 15 de marzo de 1829. D. J. Guzmán, *Revista del Círculo Militar*, Nos. 61 y 62. (13 de abril de 1829, Morazán entra a Guatemala,

Durán, 1961: 371). (Batalla de Guatemala, empezó el 5 de febrero de 1829, López Vallecillos, 1967: 56-57).

19. Batalla de San Salvador, 23 de junio de 1830. J. A. Cevallos, *Recuerdos Salvadoreños*, Tomo III, 1920. (mediados de 1831, Arce estaba en Soconusco dispuesto a invadir el territorio centroamericano, López Vallecillos, 1967: 68).

20. Batalla de Jocoro, 14 de marzo de 1832. J. A. Cevallos, *Recuerdos Salvadoreños*, Tomo III, 1920. (Morazán contra Cornejo, jefe salvadoreño, enero-febrero de 1829, López Vallecillos, 1967: 70-71). (Batalla de Jocoro, 15 de marzo de 1832, López Vallecillos, 1967: 74). (18 de marzo de 1832, toma de Santa Ana; 27-27 de marzo de 1832, La Chacra, toma de San Salvador, López Vallecillos, 1967: 74-75).

21. Decreto de contribución directa de los ciudadanos a las arcas públicas, julio de 1832, y levantamiento del pueblo, octubre de 1832. Levantamientos indígenas de 1832 y 1833, producto de la lucha de clases, índice de descontento y subversión contra el orden feudal. Las masas no entendían la lucha entre liberales y conservadores. López Vallecillos, 1967: 75-76, 80 y 93.

22. San Martín contra Benítez, 14 de marzo de 1833. López Vallecillos, 1967: 81.

23. San Martín contra Morazán, 23 de junio de 1834. López Vallecillos, 1967: 83.

24. Rebelión de Carrera, fines de 1837 y principios de 1838. López Vallecillos, 1967: 95.

25. Batalla del Espíritu Santo, 6 de abril de 1839. López Vallecillos, 1967: 99. (El pacto de amistad entre Nicaragua y Honduras llevó la guerra a El Salvador, 18 de enero de 1839, López Vallecillos, 1967: 99). (Entrada de carrera a Guatemala con centenares [de] indígenas aguerridos, violentos, feroces y bárbaros [como] precursor de las guerrillas de Centro América, 13 de abril de 1839, , López Vallecillos, 1967: 102).

26. Batalla de Potrero, 31 de enero de 1840. J. A. Cevallos, *Recuerdos Salvadoreños*, Tomo III, 1920.

27. Ejército pacificador de Centro América y levantamientos contra Morazán, septiembre de 1939, López Vallecillos, 1967: 103-104. (Batalla de San Pedro Perulapán, 25 de septiembre de 1839). (Cabañas en Tegucigalpa, 13 de noviembre de 1839).
28. Batalla de Guatemala, marzo de 1840. (López Vallecillos, 1967: 105-107).
29. Entrada de Morazán a San José, 13 de abril de 1842 y derrota, septiembre de 1842. (López Vallecillos, 1967: 127 y 129).
30. Francisco Malespín invadió Guatemala en mayo de 1844. López Vallecillos, 1967: 147-148. (Insurrección de Barrios y Cabañas en San Miguel, 5 de septiembre; Malespín invadió Nicaragua, noviembre de 1844).
31. Caída de León, incendiada, saqueada y ultrajada, 22 de enero de 1845. López Vallecillos, 1967: 151.
32. Jornada de Montero, derrota de Malespín, 22 de febrero de 1845 quien se refugió en Honduras. El Salvador ataca a Honduras, 2 de junio de 1845. López Vallecillos, 1967: 151-152.
33. Batalla de Obrajuelo, 15 de agosto de 1845. J. A. Cevallos, *Recuerdos Salvadoreños*, Tomo III, 1920. López Vallecillos, 1967: 152.
34. Luego del choque entre Eugenio Aguilar, hombre de ideas liberales, y el obispo Viteri y Ungo, en julio de 1846, el obispo se refugió en Honduras y planeó la revolución de 1º de noviembre de 1846 para invadir El Salvador. López Vallecillos, 1967: 157-159.
35. Batalla de la Arada, 2 de febrero de 1851. Villacorta, *Diccionario histórico de América Central*. López Vallecillos, 1967: 162-163.
36. Rebelión en Nicaragua, abril de 1854. López Vallecillos, 1967: 171.
37. Batalla de Santa Rosa, 21 de, marzo de 1856. Miguel A. García, *Estudio histórico de don J. R. Mora*.
38. Batalla de Rivas, 11 de abril de 1856. Villacorta, *Historia de América Central*.

39. Batalla de San Jacinto, 14 de septiembre 1856. J. A. Cevallos, *Recuerdos Salvadoreños*,

40. Batalla de Masaya, 11 de octubre de 1856, (1800-1900). *Boletín de Noticias*, N° 20, octubre de 1856.

41. Batalla de Masaya, 15 de noviembre de 1856. (1800-1900). Star and Herald, Wendy Album, 10 de diciembre de 1956. Guerra Nacional contra el filibustero William Walker, 1956-1957, López Vallecillos, 1967: 173-254. Barrios contra Campos, junio de 1857, presidente de El Salvador. López Vallecillos, 1967: 258-284.

42. Batalla de Coatepeque, 24 de febrero de 1863. G. Barrios ante la Posteridad, Managua.

43. Batalla de Santa Ana, librada los días 7, 8, 9 y 10 de abril de 1871. Inserta en el *Boletín Oficial* N° 3.

44. Batalla de Pasaquina, 1876. *Diario Oficial*, N° 304 de Abril de 1876.

45. Batalla de Pasaquina 17 de abril de 1876. *Diario Oficial*, N° 389 del 19 de abril de 1876.

46. Batalla de Santo Domingo, San Vicente 1885. Acción de Santo Domingo. J. A. Cevallos, *Recuerdos Salvadoreños*, Tomo 1, 1950.

47. Batalla de Chalchuapa, 1885. *Diario Oficial*, N° 90 del 16 de abril de 1885.

(Lista iniciada por Roberto Morán Geoffroy)

La lista de cuarenta y siete batallas/guerras durante sesenta y tres años de vida independiente presupone un promedio de 1.34 (para 1824-1842, las estadísticas de Lindo (1991: 50-51, 54 y 56) son más drásticas: “2.1 batallas y 134 muertos por año”; “1286 edificios destruidos en 1828” y unos “52 meses de guerra” con un total de “87.900 meses por hombres en guerra” reclutados de “manera arbitraria”. Para los años siguientes, estima que “hubo guerras con los países vecinos en 1844, 1845, 1863, 1871, 1872, 1873, 1876, 1885 y 1890” (52); particularmente la de 1863 hizo que la exportación de añil descendiera a la “mitad de la de 1862” (115)). Este violento legado post-

independentista se traduce en un estado de guerra permanente en el cual cada nueve-diez meses la sociedad debe movilizarse para enfrentar nuevos combates. Toda energía creadora que anhela un afán de libertad y de autogobierno se diluye en beligerancia fratricida. Esta tragedia combativa corroe tanto más el tejido social cuanto que se dirige contra hermanos vecinos, al igual que contra otros departamentos y ciudades salvadoreñas en desacuerdo con la posición hegemónica de la capital. Basta recordar que la única “jornada revolucionaria” exitosa —la del 5 de noviembre de 1811 en San Salvador— nos ofrece la imagen de un país dividido y en pugna, ya que ciudades importantes como San Miguel, San Vicente, etc. se oponen a la gesta independentista. Asimismo, las fuentes señalan el acuerdo de San Miguel, Santa Ana y Sonsonate a la incorporación con México luego de la independencia (Durán, 1961: 198). En general, los trabajos analíticos sobre la independencia del país hacen abstracción de este legado bélico como corolario inmediato de una independencia que llega de fuera y que carece de hondo arraigo en un proceso de lucha generalizado. Parecería que libertad significaría derecho a la batalla.

II. LA VICTORIA DE COATEPEQUE

Barrios u el Salvador reprendan
Las doctrinas del Hijo de María;
Y Carrera la hipocresía
La fanática y falsa Religión.
En Coatepeque, teatro sin prestigio
Sus contrarias falanges se avistaron
Y el preludio de guerra ejecutaron
Los estampidos roncós del cañón-

El último domingo de febrero
Comenzaron la cruentas libaciones
Que hicieron de Carrera las legiones
Implorando el auxilio de Satán
El lunes San Pedro dirigieron
Los fuegos de su tren de artillería;
Mas inútiles fueron todo el día
Los esfuerzos tenaces de su afán

Las bombas incendiaron por la noche
Las enramadas secas de su cumbre
Sus flancos inundaba en roja lumbre
De innúmeros fusiles la explosión:
Y entonces aquel Cerro parecía
Con la cima de llamas coronada
De un volcán en magnífica erupción.

De la noche a las nueve suspendieron
Los fuegos de morteros y cañones,
Y entonces las estrellas a millones
En el cóncavo azul resplandecieron
Las huestes de los beligerantes.

El sol del 24 de febrero

Resplandeció por fin sobre el Oriente,
Siempre adornando su radiosa fuente
La aurora de eterna claridad
Antes de acometer los invasores
Con sangre humana enrojecen la tierra.
Entonaron cual cántico de guerra
La Salve que es un himno de piedad
Y estas son, oh serviles, las falanges
Que vuestra saña al Salvador envía
A sostener la guerra más impía.
So capa de piedad y Religión
Que diría en los cielos San Bernardo
Al oír la efusión de su ternura,
Sirviendo al fanatismo y la impostora

Para emprender una matanza atroz?

Llega por fin el lance formidable,
Arrojando furiosos a la arena
Las balas destructoras
Del rifle matador parten silbando

y, cual campo de espigas,
Las huestes enemigas
En su curso fatal van derribando,
Las tropas retroceden
Al verse destrozadas,
Mas cobran breve aliento
Y vuelven a la carga reforzadas.

Así durante once horas
Sostúvose el combate encarnizado,
Y vióse en todas partes
(Cuadro fatal de muertes y horrores!)
Sangre humana brotando
En hirvientes y rojos surtidores,
En eco pavoroso,
Las almas compasivas aterrando,
Doquier allí resuenan,
Todo lo envuelven las columnas de humo
Y horrísona armonía el aire atruena.

En medio de la lucha formidable
Del Salvador los hijos valerosos
Como ansia inexplicable
Miran la faz mudable
De la suerte y sus fuegos caprichosos,
Y dudan por instantes,
Sosteniendo la lid encarnizada,
Del éxito final de la jornada.

Mas nunca el Salvado será vencido,
Que le asisten a una

La justicia inflexible de los Cielos,
De *Morazán* los irritados manes
Y de *Barrios* el Genio y la Fortuna
Con la mirada impávida y serena,
Al instante decisivo,
Por el frete y el flanco al unto ordena
Una carga terrible al enemigo

Y González a un tiempo y Bracamonte
De Barrios a la vez obedecieron
Y cual rayo cayeron
Sobre Carrera haciendo tal matanza
Que sus tropas perdieron
Hasta el último asomo de esperanza;
Y, vencidas entonces, destrozadas,
En todas direcciones
Huyen al fin dispersas y aterradas.

Un himno de victoria
Del Salvador los hijos entonaron,
Y en sus sienes brillaron
Los rayos inmortales de la Gloria

Los genios invisibles aquel día
Vieron también surgir por el Oriente
Dejando en pos de sí brillante rastro,
Y desde aquel instante
El clarín de la fama
De Barrios por doquiera le proclama
La estrella afortunada y rutilante

Antonio Aragón

San Salvador, domingo 8 de marzo de 1863.

Este fragmento del poema “La victoria de Coatepeque” de Antonio Aragón (San Salvador, domingo 8 de marzo de 1863) testimonia la matanza de tropas guatemaltecas gracias a la cual se produce un celebrado triunfo salvadoreño. Lo incluimos no por sus logros de factura poética sino por su relación histórica inmediata de los sucesos. Recalcamos cómo a la vez de denunciar la intervención guatemalteca —ideología religiosa que anhela “matanza atroz”— justifica en los mismos términos devotos —“justicia inflexible de los Cielos”— el exterminio que los salvadoreños realizan contra los invasores. Si “tales matanzas” fraticidas caracterizan la vida independiente del siglo XIX —honran la identidad patria, “himno de victoria”— no resulta asombroso que el istmo permanezca dividido por siglos.

BIBLIOGRAFÍA

- Arévalo, Adrián M. Lorenza Cisneros. San Salvador: Imprenta Nacional/Biblioteca del Ateneo de El Salvador, 1912-1913.
- . El 63. *Episodios Nacionales Histórico-Noveliscos*. San Salvador: Imprenta "Arévalo", 1916.
- Ateneo de El Salvador. Revista de Ciencias, Letras y Artes. Órgano del Centro del mismo nombre*, 1912-1921, 1926 y 1944.
- Caso, Quino. *El primero de los Araujo*. San Salvador: Tlatoani, s/f. Cortesía de Roberto Morán Geoffroy.
- Castro García, Alberto. *Raza y patria*. San Salvador: Imprenta Nacional, 1920. Premiada con medalla de oro en el Concurso abierto por el Ateneo de El Salvador, a iniciativa de la Comisión de Festejos de la celebración de "La Fiesta de la Raza" en el CLXXVII aniversario del descubrimiento de América.
- Castro V., Rafael. *Próceres. Documentos y datos históricos*. San Salvador: Tipografía Salvadoreña, 1911.
- Córdova, Enrique. *Ricardillo*. San Salvador: Tipografía Ungo, 1961.
- Dols Corpeño, José. *Patria*. San Salvador: Imprenta Nacional/Biblioteca del Ateneo de El Salvador, 1914.
- . y Salvador Turcios R. (Eds.). *Libro Araujo - 9 de febrero de 1914*. San Salvador: Imprenta Nacional/Biblioteca del Ateneo de El Salvador, 1914.
- Durán, Miguel Ángel. *Ausencia y presencia de José Matías Delgado en el proceso emancipador*. San Salvador: Dirección General de Publicaciones, 1961.
- El libro de los juegos florales (centenario de nuestra independencia, 15 de septiembre 1821 - 1921)*. San Salvador, Estado de El Salvador, Centroamérica: Imprenta Nacional, 1921.
- García, Miguel Ángel. *Procesos de infidencia contra los próceres salvadoreños de la independencia de Centro América*. San Salvador, Imprenta Nacional, 1940.
- . *San Salvador. Desde la conquista hasta el año 1894. En lo político, social, ciencias, letras y bellas artes. 1546-1946*. Tomo I. San Salvador: Imprenta Nacional, 1952.
- Gavidia, Francisco. *Obras*. San Salvador: Imprenta Nacional, 1913. *Obras completas*. San Salvador: Ministerio de Educación, 1974.
- Guzmán, David J. *Comentarios sobre instrucción cívica y moral práctica y social*. San Salvador: Imprenta Nacional, 1914.

Juegos Florales del Centenario de la Insurrección de 1811. Celebrados en San Salvador el día 3 de noviembre de 1911. San Salvador: Tipografía “La Unión”, Dutriz Hermanos, 1911.

Lindo Fuentes, Héctor. *Weak Foundations. The Economy of El Salvador in the Nineteenth Century.* Berkeley: The U. of California P., 1991.

López Vallecillos, Ítalo. *Gerardo Barrios y su tiempo.* San Salvador: Dirección General de Publicaciones, 1967.

Marroquín, Alejandro Dagoberto. *Panchimalco. Investigación sociológica.* San Salvador: Editorial Universitaria, 1959.

---. *Apreciación sociológica de la independencia salvadoreña.* San Salvador: Editorial Universitaria, 1974.

Martínez Suárez, Francisco. *Vida de José Matías Delgado.* San Salvador: Tipografía La Unión, 1911.

Masferrer, Alberto. *Ensayo sobre el desenvolvimiento de El Salvador.* San Salvador: Imprenta La República, 1901. Segunda edición: San Salvador: Clásicos Roxsil, 1996.

Monterey, Francisco. *Historia de El Salvador. Anotaciones cronológicas, 1810-1842. Tomo I.* San Salvador: Editorial Universitaria, 1977.

Platón. *La República.* Madrid: Espasa-Calpe, 1973.

<http://www.bibliotecasvirtuales.com/biblioteca/otrosautoresdelaliteraturauniversal/Platon/larepublica/index.asp>

Ramírez Peña, Abraham. *Por la paz de Centro América. Estudio pacifista.* San Salvador: Centro Editorial Meléndez, 1910.

---. *Almas grandes; ensayo de novela regional.* San Salvador: Imprenta Meléndez, 1912.

---. *Cloto, novela.* Barcelona: Ramón Sopena Editor, 1916.

---. *Sucinta historia de los juegos florales; discurso. Octubre de 1919.* San Salvador: Imprenta Nacional, 1920.

Roque Baldovinos, Ricardo. “Un antecedente centroamericano de la literatura testimonial de finales del siglo XIX. El sargento Hernández de Miguel P. Peña”. En: *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, No. 16, enero-junio 2008. www.denison.edu/istmo. *Periódico La Unión*, No. 124, lunes 14 de abril de 1890: 2-3.

Suay, José E. *La organización económica de El Salvador.* San Salvador: Imprenta Nacional, marzo-abril, 1911.

---. *Estudio sobre la situación económica de El Salvador, presentado al señor Presidente de la República.* San Salvador: Imprenta Nacional, 1912.

---. *La obra económica del Dr. Manuel E. Araujo, Presidente de la República, 1º de marzo de 1911 - 4 de febrero de 1913.* San Salvador:

Imprenta Nacional, 1913. En: J. Dols Corpeño y S. Turcios (Eds.), *Libro Araujo*. Imprenta Nacional/Biblioteca del Ateneo de El Salvador, 1914: 144-159.

Turcios R., Salvador. *Al margen del imperialismo yanqui*. San Salvador: Talleres Tipográficos de Dutriz Hermanos, 1915.

Valladares, Manuel. *Biografías del doctor José Matías Delgado y general Manuel José Arce*. San Salvador: Primer Premio de los Juegos Florales Centroamericanos Celebrados en San Salvador, el 3 de noviembre de 1911. 5 de noviembre. *Segundo Certamen Literario del Ateneo de El Salvador*. San Salvador: Imprenta Nacional/Biblioteca del Ateneo de El Salvador, 1913.



INVENTAR LO POPULAR — EXCLUIR LO AFRICANO MARROQUÍN Y LA INDEPENDENCIA SALVADOREÑA

El olvido y el error histórico son un factor crucial al crear la nación salvadoreña. ER-RLM

Al terminar su *Apreciación de la independencia salvadoreña* (UES, 1974), Alejandro Dagoberto Marroquín concluye lo siguiente. “En la medida en que crece y se desarrolla la cultura mestiza, más se aproxima la era de su triunfo con el cual El Salvador llegará a ser una auténtica república [...] de hombres libres [sin] limitaciones mezquinas del interés económico o desigualdades provocadas por la distinta pigmentación de la piel”. El ideal de nación lo identifica una concepción romántica de fines del siglo XVIII, para la cual en cada nación (de *natio*, nacer étnico común) existiría una sola cultura y una sola raza.

A diferencia del marxismo ortodoxo, Marroquín no cree en una revolución social ni en una simple nivelación en la economía. La emancipación sería un acto de unidad racial indo-hispano, antes que de orden estructural como lo pretende la teoría clásica. Al bienestar social, el historiador agrega la exigencia de diseminar una sola “cultura mestiza” y la de eliminar toda “desigualdad”, toda diferencia de “pigmentación de piel”.

A la homogeneidad cultural, su utopía liberadora añadiría el parecido en el color como necesidad nacionalista de “la independencia salvadoreña” (1821). Dos grandes omisiones verifican esta hipótesis en la “apreciación” de Marroquín: la exclusión de sus propios datos sobre el descalabro demográfico indígena debido a las guerras post-independentistas y el silencio sobre la existencia de una población afro-salvadoreña. El ideal de una cultura mestiza única para un país liberado oculta la diversidad étnica de lo salvadoreño.

Por estas exclusiones deliberadas, su reflexión se inscribe dentro de una *bio-política* la cual sujetaría a todo ciudadano salvadoreño a una norma racial y cultural indo-hispana para ser considerado como tal. Sólo ese cuerpo vivo y uniforme, indo-hispano, participaría en la construcción de la nacionalidad como utopía económica por venir. Si lo indígena sólo se admite al diluirse en lo mestizo, lo africano se equipara a lo extraño.

I. INDEPENDENCIA Y “CONSUNCIÓN” DEL INDÍGENA

Para la tragedia demográfica indígena, Marroquín detalla lo que significan las guerras fratricidas que se extienden por varias décadas del siglo XIX. Su minuciosa monografía de Panchimalco (UES, 1959, p. 97-98) ofrece una información valiosa sobre los cambios poblacionales en ese municipio para los años 1807 y luego para 1860-1890. Estos únicos datos para el siglo antepasado obligan al antropólogo a contradecir tesis en boga relativas a «la famosa “consunción”» de “la población indígena [...] causada por la política de los españoles a raíz de la conquista”. Por lo contrario, las cifras de finales de la época colonial demuestran que “no hubo ningún déficit” poblacional hacia el final de ese período.

En cambio, el declive estadístico sólo lo documenta para la etapa que abarca de 1807 a 1860. Esta reducción demográfica la explica “el reclutamiento forzoso de la mayoría de los jóvenes [indígenas] en edad militar [cuyo] destino era servir de carne de cañón [...] en las guerras fratricidas [lo cual] nos lo confirma la tradición [oral de] los ancianos del pueblo”.

En contraste con otras regiones de Latinoamérica, en El Salvador, la violenta vida independiente —“las guerras intestinas que abundaron tanto durante el siglo XIX”— ocasiona una disminución poblacional indígena más adversa que la provocada por la colonia. No obstante, la imaginación emancipadora indo-hispana prohíbe que Marroquín denuncie la vida republicana como una libertad abstracta que utiliza al pueblo indígena como “carne de cañón” causando su “consunción” demográfica. Lo que la antropología descubre, la historia lo esconde.

II. LO AFRICANO BAJO TACHADURA

Para la presencia de una población afro-salvadoreña, el documento clave se intitula *Procesos de infidencia contra los próceres salvadoreños de la independencia de Centro América* el cual recopila Miguel Ángel García (1940). Marroquín lo cita en varias ocasiones como prueba que estudia los diversos intentos por declarar la independencia (1811 y 1814) con documentos

primarios. En una cita clave, su apreciación utiliza los procesos de infidencia para contrastar los objetivos populares con los propósitos políticos de los criollos en 1814. En específico, la página veintidós (22) de los “procesos de infidencia” oponen al presunto cabecilla popular, Pedro Pablo Castillo ((¿1780-1817?)), quien llama a la revuelta, con el prócer Manuel José Arce (1787-1847), quien llama a su disolución.

Sea cual fuere el desafío entre Arce y Castillo, lo esencial de esa página clave es que ahí mismo se asienta la participación de una población afro-salvadoreña durante la revuelta fallida de 1814. Si Marroquín retiene que Arce confiesa “aquietar, contener y disponer a la tranquilidad”, acalla que “si quinientos negros hubiera de la calidad tuya ¿ha Negro!”. Por ese silencio, su trabajo sobre la independencia concluye que la población “negra” no deja “mayores rastros en la conformación somática” del salvadoreño ni en el orden social.

Para construir una imagen homogénea del *pueblo* salvadoreño, Marroquín omite la existencia de la diversidad étnica nacional. Si las fuentes califican a 1814 de “molote de pardos”, el presunto fundador de una antropología científica e historiador de corte marxista, excluye todo legado africano de la nación salvadoreña y de lo popular. Las referencias a lo afro-salvadoreño se prosiguen en las páginas siguientes de los “procesos de infidencia”, de suerte que la historia nacional debería reconocer la presencia de próceres de origen africano.

El “molote” lo lideran “muchos mulatos del Barrio de abajo y a quienes cabeseaban o capitaneaban el Negro Franco Reyna, Juan de Dios Jaco y Tiburcio Moran”, según continúa los “procesos de infidencia”. Su influencia es tal que un historiador moderado como Miguel Ángel Durán afirma la presencia de la afro-salvadoreña en 1811 y 1814, a la vez que le concede un giro de género a la revuelta. Si en 1811, “las mujeres eran las más exaltadas [y] José Irene Aragón citó a su casa a todos los mulatos”, en 1814, “Pedro Pablo Castillo estaba solo con sus mulatos” (Durán, *Ausencia y presencia de Delgado*, 1961, p. 54 y 94).

III. FINAL

De este breve repaso de una de las primeras investigaciones críticas sobre la independencia salvadoreña retenemos su anhelo por imaginar un pueblo uniforme, indo-hispano en su cultura y raza, como utopía emancipadora. Para lograr ese objetivo nacionalista de unidad bio-cultural, Marroquín evade mencionar su propio hallazgo sobre el declive demográfico indígena de Panchimalco luego de la independencia. Asimismo, reniega de la existencia de una población de origen africano en El Salvador, seleccionando de las fuentes primarias sólo los datos que convienen a su tesis *popular* anti-criollista, pero también anti-africana. Por esta doble exclusión —ante todo *la que no deja rastro*— Marroquín convierte a una población multiforme en un pueblo salvadoreño independiente e homogéneo.

Ante el silencio sobre la diversidad étnica de lo salvadoreño, hay que recurrir a otras fuentes menos *científicas*, sin un *rigor antropológico*, para subsanar las omisiones que Marroquín le impone a su disciplina. La literatura y la plástica serían indicadores más fieles de una presencia africana que la actualidad a penas comienza a documentar (http://afehc-historia-centroamericana.org/index.php?action=fi_aff&id=376 y Paul Lokken, “Transforming Mulatto Identity”, 2004).

A continuación se citan varias entradas bibliográficas —en su mayoría literarias— que revelan la presencia africana en El Salvador. Lo afro-salvadoreño muestra su vigencia desde la colonia, la independencia, hasta la actualidad.

IV. NOTA BIBLIOGRÁFICA CONCLUSIVA

Sobre la presencia de población africana en El Salvador, hay que leer *Travels in the Free States of Central America* (1857) de Carl Schezer que menciona a “muchachas [zambas] guapas” pero “degeneradas”, *Júpiter* (1885/9) de Francisco Gavidia (“el pueblo” alzado bajo la figura alegórica de “negro”), *Mentiras y verdades* (1923) de Francisco Herrera Velado cuyo personaje “lo respetaban tanto como a los cangrejos de la playa por ser negro”, *La princesa está triste* (1925) de Raúl Contreras, la cual identifica realeza y esclavitud con una diferencia racial estricta, blanco y negro, *O-Yarkandal* (1917), reino imaginario de amos blancos, de “blancura” casi “transparente”, y esclavos negros (“Krosiska [de suave matiz rosado] marcaba a sus esclavos [negros,

color ébano oscuro] con hierros candentes [...] llamó a su esclava Bethetz que era negra”), “El negro” en *Cuentos de barro* (1933) y “El cuento de Punce Negroide que se quería cheliar [blanquear]” en *Cuentos de cipotes* (1945) de Salarrué. *Hombres contra la muerte* (1942/1947) de Miguel Ángel Espino, obra en la cual Belice y su población africana es excusa para hablar de El Salvador. Por ironía, hay que hacer *invisible* de nuevo lo que la historia oculta desde la colonia. También hay que leer *Cuentos de sima y cima* (1952) de Cristóbal Humberto Ibarra que identifica “lo negrito y lo deforme”, *Poesía negra, ensayo y antología* (1953) de Juan Felipe Toruño, así como *Pacunes* (1972) de Ramón González Montalvo, entre otros.

«“En la Provincia de San Salvador de Guatemala, el año [1]625 estuvieron convocados para alçarse 2.000 negros la Semana Santa, i se supo tan a tiempo que justiciando algunos se atajó al daño. Primero octubre” (R. Barón Castro, *La población de El Salvador*, UCA-Ed., 1978: 163, *Colección de documentos inéditos*, Madrid, T. XVII, 1921: 215). Esta lista somera convida a elaborar una antología sobre la presencia africana en la literatura salvadoreña que la actualidad clamando por “la voz de los sin voz” se jacta de ignorar.

Asimismo, al forjar el nombre literario del país, “el Pulgarcito de América”, Julio Enrique Ávila acompaña su publicación de un grabado que representa a una mujer de color con netos rasgos faciales africanos (*Cypactly. Revista de Variedades*, Año IX, No. 140, Agosto 25 de 1939: 1, Grabado e ilustración del Br. Ricardo Contreras. Por paradoja, este corto escrito se lee durante la celebración de “la ilustre fecha de la Independencia Nacional, en la cual al general Maximiliano Hernández Martínez se le concede el título de “Benefactor de la Patria” (*La República*, Año V, No. 1379, 15/septiembre/1937)). El ideal de la mujer-nación lo ofrece una descendiente afro-salvadoreña en honor a un “dictador”, mientras la antropología marxista le niega el reconocimiento a toda raza de color. La popularidad actual del mote literario del país, *el Pulgarcito de América*, excluye toda mención de su autor original, así como tacha la imagen pictórica africana que lo acompaña. Lo selectivo de la memoria histórica salvadoreña declara que la materia de su recuerdo es el olvido.

En síntesis, en unión de los opuestos, lo que niegan la historia *marxista* y la antropología *científica*, lo afirma la ficción *reaccionaria*. He aquí una de las paradojas más flagrantes de la historiografía salvadoreña del siglo XX a la actualidad. La ficción y el arte evocan el olvido de la historia: lo afro-salvadoreño.



Grabado e ilustración del Br. Ricardo Contreras

y
e,
i-
m
a-
a-
ó

EL SALVADOR, PULGARCITO DE AMÉRICA

Por JULIO ENRIQUE AVILA

este
de s
Patr
de v
inde
por
inve
do,

Cypactly. Revista de Variedades, Año IX, No. 140, Agosto 25 de 1939: 1,
Grabado e ilustración del Br. Ricardo Contreras.



Óleo de Augusto Crespín

ÍNDICE ANALÍTICO

Aguilar, Hermanos, 16, 18, 19, 20, 22, 27.

Araujo, Manuel E., 2, 66, 71, 79.

Libro Araujo, 82n6 y n10, 87n54-55 y n57-58.

Arce, Manuel José, 16, 22, 29, 30, 72, 83n19-20, 91, 103.

Arévalo, Adrián M., 2, 19, 25, 27, 28, 63, 69, 71, 75-78, 79, 84n33-35, 85n36-43, 86n52, 87n58.

Ávila, Julio Enrique, 5, 105.

El Pulgarcito de América, 5, 105.

Barón Castro, Rodolfo, 25, 26, 28, 30, 105.

Barrios, Justo Rufino, 41, 49.

Barrios, Gerardo, 13, 49, 73, 76, 77, 83n27, 84n27, 85n45, 86n47 y n.52, 93, 94, 96, 97.

Bustamante y Guerra, José, 9, 20, 25, 26, 27, 31.

Castillo, Pedro Pablo, 5, 9 y ss., 69.

Castro, Rafael V., 17, 23, 83n19, 86n50, 100.

Cevallos, José Antonio, 24, 25, 26, 30, 89, 90, 91, 92, 93.

Corpeño, José Dols (Dolores), 2, 6, 44, 63, 69, 71-72, 73, 79, 82n12, n16 y n18, 83n19-20, 84n34, 86n49-50, 87n58, 88n66.

Dalton, Roque, 15, 17, 23, 29.

Delgado, José Matías, 16, 18, 22, 26-27, 30, 69, 78, 82.

Delgado, Miguel, 16, 18, 22, 29.

Durán, Miguel Ángel, 15, 17, 25, 26, 37, 82n11, 83n20, 84n35, 89-91, 94, 103.

Dym, Jordana, 23, 25, 28, 36.

Gavidia, Francisco, 16, 28, 66, 82n8, 83n20, 85n35, 86n51, 104.

García, Miguel Ángel, 6, 15, 16, 18, 20, 21, 22, 23, 26, 29, 69, 79, 82 n13 y n18, 84n32, , 86, 88n51, 102.

Hawkins, Timothy, 23, 25.

Jiménez, Tomás Fidas, 6, 15, 27, 30.

Lardé y Arrhés, Enrique, 17.

Lardé y Larín, Jorge, 23, 24, 28, 30 .

López Jiménez, Ramón, 21, 26.

López Vallecillos, Ítalo, 89n19 y n27. 90, 91.92. 93.

Luna, Alberto, 15, 17.

Marroquín, Alejandro Dagoberto, 2, 4, 15, 17, 23, 24, 42-43, 69, 75, 82n11, 84n28-32, 101 y ss.

Martínez Peláez, Severo, 20, 21, 29,

Marure, Alejandro, 24, 25, 89.

Masferrer, Alberto, 1, 2, 3, 39 y ss., 78, 79.

Molina y Morales, Roberto, 17, 26.

Monterey, Francisco J., 18, 23, 25, 28, 69, 82n13.

Morazán, Francisco, 41, 48, 49, 50, 51, 72, 73, 75-76, 84-85n35, 90-92, 96.

Mujer, 5, 6, 28, 76, 103, 105.

Peccorini, Francisco, 15, 17, 20, 26.

Peinado, José María, 13, 15, 16, 17, 18, 19, 21, 24, 26-27, 29, 30.

Pinto Soria, P. C., 19, 20, 23, 24.

Ramírez Peña, Abraham, 2, 44, 69, 73-75, 77, 79, 82n15, 83n22, ,85n44
87, 88n61.

Rodríguez, Juan Manuel, 19, 20, 21, 27.

Rubio Melhado, Adolfo, 15, 17, 23.

Suay, José E., 43, 80, 81n3, 81n4, 93n56, 93n57.

Turcios, Salvador, 79, , 80, 87n56, 87n61.

Vilanova, Santiago Ricardo, 23, 27, 30, 32.

Zaldaña, José Gregorio, 17-19.



Editorial
Universidad Don Bosco

